

# el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

**LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO:** la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia — el partido de clase —, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo "lucharmadista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

el proletario

Nº 10

**Abril-mayo-junio, 2016**

Precio: Europa: 1'5 €; 3CHF ; 1'5£

América del Norte: US \$ 2

América Latina: US \$ 1'5

## Europa: orden capitalista

presión incontenible de poblaciones inmigrantes

**Europa:** un fortín en el cual las burguesías capitalistas más sanguinarias del mundo tratan de defenderse de la presión incontenible de poblaciones que, durante mucho tiempo, han sido aplastadas, oprimidas, explotadas, masacradas y constreñidas a huir hacia un continente que siempre se ha vanagloriado de ser la cuna de la civilización moderna y del bienestar.

El continente que fue llamado Europa (el mito dice que el nombre es el de una semidiosa fenicia, por lo tanto asiática, raptada por Zeus y traída a esta tierra) debe su desarrollo histórico, durante los milenios pasados, al asentamiento de poblaciones de origen asiático. Las culturas más evolucionadas eran la

egipcia, iraníes y medio-orientales, que favorecían las migraciones hacia tierras que presentaban cualidades climáticas y ambientales útiles para el desarrollo de la agricultura y, al mismo tiempo, a la urbanización. Antes de los bárbaros vinieron de Oriente poblaciones cultas, que se establecieron y se desarrollaron sobre el plano económico a través del artesanado, la agricultura y las artes guerreras. Con los griegos, Europa alcanzó un alto nivel cultural en las ciencias y en las artes, que los romanos asimilaron y difundieron en el continente.

Europa, por lo tanto, nace de las migraciones provenientes de Oriente, que se fusionaron con los celtas y los

(sigue en pág. 2)

## ¿Para cuándo un 1º de Mayo de los trabajadores?

*No tenemos una particular afición por los días solemnes, por las celebraciones con fecha fija. El movimiento proletario está hecho de trabajo oscuro, impersonal y cotidiano, no de exhibiciones ocasionales y de desfiles. Y todavía, cada año el espectáculo del Primero de Mayo rojo vestido de tricolor y envuelto en una nube de incienso remueve la sangre.*

*Los cinco ahorcados de Chicago combatieron en mayo de 1.886, y cayeron, en una lucha que no conocía fronteras; su sacrificio no pertenece a un proletariado nacional, y mucho menos a una*

(sigue en pág. 4)

## ELECCIONES:

### La soga en el cuello proletario

Los acontecimientos de este año, desde las elecciones municipales a esta segunda vuelta de las generales, muestran al proletariado dos cosas.

En primer lugar, que la burguesía es capaz de vivir sin un gobierno parlamentario, que no lo necesita. Durante todo el periodo electoral y, después, con el largo intermedio entre las elecciones de diciembre del año pasado y las próximas de junio, el Estado no ha dejado de funcionar; el dominio de clase de la burguesía no ha cesado. No se ha dejado de recaudar impuestos, la economía nacional no se ha venido abajo, los negocios burgueses no se han resentido, la policía no ha dejado de detener y encarcelar (incluyendo a un miembro del

Sindicato Andaluz de Trabajadores que participaba en Podemos y a los trabajadores de Extruperfil que libran una huelga de varios meses contra los despidos en su empresa). El curso de la dominación de la clase burguesa sobre la clase proletaria, el mantenimiento de la explotación en el puesto de trabajo, de la extracción de la plusvalía que la clase de los patrones necesita para existir, no ha tenido tregua. Y es que la "normalidad", que para los proletarios implica explotación y represión cuando se deciden, aun tímidamente, a amenazar con romper las cadenas que le atan a la sociedad burguesa, no necesita un gobierno formalmente reconocido por

(sigue en pág. 8)

## EN ESTE NÚMERO

- El 1º de mayo, de jornada de lucha contra el capital, se ha convertido en una fiesta del sometimiento de los trabajadores asalariados al capital. ¿Cuándo volverá a ser el 1º de mayo de los trabajadores?

- El principio democrático

- Valladolid: Sobreproducción capitalista y miseria obrera.

- Sobre la crisis prolongada de la clase proletaria... (II).

- Vitoria 1976: El triunfo de la deocracia en España.

- Socialismo y feminismo.

- Flint (Michigan, USA): el verdadero veneno es el capitalismo.

El antídoto: su destrucción.

# Europa: orden capitalista

(viene de la pág. 1)

latinos y otras poblaciones preexistentes; en seguida el desarrollo histórico tendrá lugar a través de poblaciones germánicas, vikingo-normandas, eslavas y otomanas. Un mito más moderno pretende que Europa, que representa la cuna de la civilización «occidental», ha sido siempre un modelo histórico, de ciencia y de organización social que los otros pueblos del mundo deben envidiar; tierra desde la cual se ha difundido por el mundo la economía moderna que ha universalizado el más moderno e innovador modo de producción que la historia humana haya conocido. En muchos aspectos este mito tiene bases materiales e históricas.

La Europa moderna, civil y democrática, la Europa que ha salido de dos guerras mundiales, a cual más devastadora, la Europa que ha difundido en el mundo el capitalismo con su bagaje de innovaciones técnicas, de desarrollo económico y de feroz explotación de masas cada vez mayores de trabajadores vueltos esclavos de un salario que se concede sólo a cambio de trabajo humano, esta Europa que, a través de sus Estados más fuertes y más preparados industrialmente, a partir de Inglaterra, ha colonizado todos los continentes del mundo y ha abierto inevitablemente, con acuerdos o por la fuerza, también sus puertas a los pueblos del mundo, es una Europa que, hoy más que antes, muestra su talón de Aquiles.

Cuna del capitalismo, cuna del imperialismo, es decir del capitalismo desarrollado en su fase monopolística y totalitaria, ha colonizado el mundo, lo ha sometido, devastado, explotado y masacrado; y este mundo se revuelve contra ella. El mismo loco desarrollo del capitalismo no ha hecho sino producir factores de crisis cada vez más graves y cada vez menos controlables por los poderes políticos: ninguna de las medidas económicas financieras, cambiarias, políticas, diplomáticas y militares que los poderes burgueses pueden escoger para volver menos inhumano y menos destructivo el mundo de la producción, servirán para superar las crisis que lanzan continuamente al mundo burgués a un estado de barbarie (como sostiene el *Manifiesto* de Marx-Engels), crisis que en épocas anteriores a la capitalista no eran conocidas: ¡crisis de sobreproducción! Se producen enormes cantidades de mercancías que los mercados no logran absorber, que

no se venden y por lo tanto deben ser destruidas para dejar su puesto a las nuevas mercancías producidas en ulteriores ciclos de producción. Y con las mercancías, los medios de subsistencia, las instalaciones y las infraestructuras es destruida regularmente también la fuerza productiva viva, los trabajadores asalariados, que también sobran. La civilización capitalista que ha hecho fuerte a la sociedad burguesa es al mismo tiempo su talón de Aquiles: *«la sociedad posee demasiada civilización, demasiados medios de subsistencia, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas que están a su disposición no sirven para promover la civilización burguesa y las relaciones burguesas de propiedad; por lo tanto devienen demasiado potentes para estas relaciones y son obstaculizadas, y apenas superan este obstáculo desordenan toda la sociedad burguesa, hacen peligrar la existencia de la propia sociedad burguesa»* (siempre el *Manifiesto* de Marx-Engels). Los incontenibles flujos migratorios que llegan a las fronteras del fortín-Europa ¿no son quizá la demostración de que las masas proletarias a disposición del capitalismo son demasiadas respecto a la cantidad necesaria para extraer, de la producción capitalista, los beneficios deseados? Y su presión sobre los Estados europeos ¿no es quizá la demostración de que su fuerza, unida a las fuerzas productivas locales, vuelve caótica toda la sociedad burguesa y que, potencialmente, puede poner en peligro la existencia de la propiedad burguesa y, por lo tanto, a la misma sociedad burguesa?

En Hungría, en Macedonia, en Austria, en Eslovenia, en Croacia, en Serbia, en Turquía, tanto como entre los Estados Unidos y México, las respectivas clases burguesas dominantes han levantado muros protectores para su país, para un orden que no debe ser perturbado; tienen, de la misma manera, barreras de alambre de espino para rechazar a las masas desesperadas que se presentan en sus fronteras huyendo de la miseria, del hambre y de la guerra que padecen en sus países de origen y que son el resultado de la difusión en el mundo capitalista, de sus relaciones de producción y sociales y de sus contradicciones cada vez más agudas y lacerantes. También en los países que pasaban por ser los más tolerantes y acogedores, Dinamarca y los países escandinavos, Gran Bretaña, Francia y

España, se ponen drásticas medidas para «ordenar», «reglamentar según sus exigencias» el flujo migratorio que llama a sus puertas. Alemania, después de haber alimentado las ilusiones de querer acoger a centenares de miles de inmigrantes —precisamente porque le viene bien tener a su disposición a una masa de trabajadores a precios competitivos respecto a la fuerza de trabajo estable— los ha devuelto a sus países, mientras que Italia, que por razones geográficas está en el medio de las rutas de paso desde el Medio Oriente y el Norte de África hasta Europa Central y del Norte, se dirime entre la voluntad de parar a los inmigrantes y cerrar las vías de acceso a su propio territorio y la imposibilidad objetiva de hacerlo porque es muy caro y, por ello, requiere ayuda a una entidad «Europa» que en realidad no existe como unidad homogénea. Europa ha sido y sigue siendo un conjunto de Estados nacionales que, como consecuencia de dos guerras mundiales, por razones de mercado y de competencia internacional, se han visto empujados a ponerse de acuerdo para formar un gran mercado común en el cual hacer valer una serie de reglas para todos los adherentes. Inexorablemente empujada a la concentración de capitales y a la centralización, la economía capitalista tiende a romper cualquier frontera para encontrar vías más veloces y rentables al beneficio y a la valorización del capital. Pero esta tendencia material objetiva contrasta al mismo tiempo con las contradicciones propias de las relaciones burguesas de propiedad por las cuales los intereses nacionales de una burguesía se enfrentan inevitablemente con los intereses nacionales de la burguesía de otros países. La burguesía en cuanto clase social, está históricamente siempre en lucha: *«en un primer momento contra la aristocracia, después contra las partes de la misma burguesía cuyos intereses se enfrentan con el progreso de la industria y siempre contra la burguesía de todos los países extranjeros»*, así lo dice el *Manifiesto* de 1.848; y, naturalmente, en lucha constante contra la clase del proletariado de cuya explotación extrae su riqueza. ¿Qué ha cambiado? Esencialmente nada: las guerras continuas de competencia y de rapiña que han caracterizado los setenta años transcurridos desde el fin del segundo enfrentamiento imperialista han demostrado que la clase dominante burguesa se ha vuelto más feroz y totalitaria de lo que era en los periodos precedentes. La clase burguesa no tiene nada que dar a la sociedad: su civilización sofoca a la gran mayoría

de la población en cualquier parte del mundo. Pero si Europa ha sido la cuna del progreso capitalista y de la victoria sobre el feudalismo, sobre el absolutismo de la aristocracia nobiliaria y del clero, gracias al proletariado podrá ser la cuna de la revolución que abrirá no sólo al proletariado, sino a todo el género humano, la vía de la emancipación definitiva de cualquier opresión. Las masas proletarias y desheredadas que, a costa de la vida, se han puesto y se continúan poniendo en camino hacia los países de Europa, son en realidad portadores inconscientes de un desorden social que podría anticipar la reanudación de la lucha clasista del proletariado en Europa. Con su dramática situación y su desastrosa realidad, están demostrando a los proletarios europeos que el futuro del capitalismo superdemocrático de Europa está preparando también para ellas un futuro de miseria, de guerra y que para huir de él no tendrán otra Europa donde refugiarse: deberán retomar su suerte en sus manos y finalmente volver a conectar con las luchas que las generaciones

proletarias pasadas condujeron para revolucionar la sociedad. Sí, porque la vía de salida no es la «reanudación económica» y un nuevo «crecimiento» gracias al cual las masas desocupadas sean reabsorbidas parcialmente, ni tampoco el cierre de las fronteras para impedir a los otros proletarios ir hacia un mercado de trabajo que en sus países de origen se ha vuelto asfixiante. El capital saltará cualquier frontera, cualquier muro, cualquier impedimento, para circular y valorizarse; los límites y los muros los levantan las clases burguesas nacionales que se hacen la guerra en defensa de sus privilegios e intereses privados.

Los proletarios europeos son bombardeados no sólo por la propaganda oportunista según la cual la vía para obtener una mejora, o para no empeorar la situación, es la de colaborar con los capitalistas y los gobernantes, sino también de la propaganda nacionalista que culpa a los proletarios inmigrantes del empeoramiento de sus condiciones de vida y de trabajo. Además las burguesías utilizan el tema del «terrorismo islámico» como

justificación de cualquier acción militar, contra aquellos que hoy tratan como los «enemigos» pero que ayer eran «amigos», y viceversa, se trate de Irak, Siria, Libia, Somalia o Afganistán. Un tema, el del terrorismo, que sirve a la burguesía de todos los países para inducir a su propio proletariado a la solidaridad nacional, a plegarse a las exigencias políticas y económicas de la propia clase dominante, a sacrificarse en nombre de una democracia, de una civilización, de una patria que son cualquier cosa menos fuentes de bienestar, de paz o de armonía social.

Bienvenidos proletarios sirios, iraquíes, afganos, eritreos, somalíes, tunecinos, kosovares, kurdos, ucranianos, nigerianos, argelinos o senegaleses: hermanos de clase, hoy parias y rechazados, marginados y súper explotados, pero mañana unidos en la misma lucha de clase que los proletarios europeos sabrán reconocer como la única vía para romper definitivamente con el sistema de explotación capitalista que una a todos los proletarios del mundo.

## **El Primero de Mayo, de jornada de lucha del trabajo contra el capital, se ha convertido en una fiesta del sometimiento de los trabajadores asalariados al capital. ¿Cuándo volverá a ser el Primero de Mayo de los trabajadores?**

Han destruido todo. Han eliminado las organizaciones sindicales independientes de la clase obrera, han destruido el partido de clase del proletariado, han falsificado y desfigurado la teoría marxista del comunismo.

La clase dominante burguesa, la pequeña burguesía, oportunistas y colaboracionistas: han unido sus fuerzas de conservación para batir a la clase proletaria que había osado no sólo rebelarse contra su explotación sistemática por parte de la burguesía, sino también luchar por su emancipación de la esclavitud salarial. Una clase proletaria que a nivel internacional había levantado el puño revolucionario contra toda opresión, burguesa y pre-burguesa, contra toda forma de represión con la cual todas las clases dominantes del mundo tenían y tienen aplastada bajo su talón de hierro a las masas proletarias. En los años gloriosos de la revolución proletaria y de la lucha proletaria lanzada por la Internacional Comunista a los proletarios de todo el mundo, todos los poderes constituidos temblaron: de Berlín a París, de Londres a Moscú, de Roma a Budapest. El imperialismo se encontró frente a un proletariado capaz de sublevarse contra poderes que parecían imbatibles y que, renovando la gesta de los comuneros parisinos, se lanzó a la conquista del poder en Rusia,

Alemania, Hungría y Polonia. Moscú fue conquistada, y fue capital proletaria y comunista durante una década; después vino Budapest, pero se perdió después de unos meses como también sucedió con Baviera. Las fuerzas de la contrarrevolución y del oportunismo se salieron con la suya y pudieron contar con la degeneración de los partidos comunistas de los grandes países europeos, en particular de Alemania y de Francia, y finalmente del Partido Bolchevique. Aquella gran época de la revolución proletaria, única fuerza portadora de la emancipación del proletariado de su esclavitud salarial, se cerró con una derrota debida a la obscena alianza de los burgueses democráticos con el estalinismo.

Donde el proletariado europeo había dado más problemas a las clases dominantes burguesas, en Rusia, en Hungría, en Alemania y en Italia, la reacción burguesa fue despiadada: la vieja guardia bolchevique fue eliminada, aprisionada y sepultada en los campos de trabajo forzado por los verdugos estalinistas que se podían enorgullecer de eliminar a los comunistas revolucionarios considerándolos «enemigos del pueblo»; en Hungría fue la reacción blanca la que sepultó a la jovencísima República de los Consejos, en Alemania y en Italia, después de la obra de

desarme político y militar por obra de la socialdemocracia y del centrismo intervinieron las fuerzas de la reacción negra para completar la obra.

Yes a causa de esta gigantesca reacción mundial del imperialismo, tanto bajo los vestidos de la democracia como con aquellos del socialismo estaliniano y del nazifascismo, que el proletariado fue conducido a participar – como carne de cañón – en la segunda carnicería mundial.

Desde entonces han pasado más de 70 años de colaboracionismo cada vez más trivial: las grandes huelgas de la postguerra si por un lado demostraban la gran vitalidad de la clase obrera, por otro lado revelaban la capacidad de los poderes burgueses de utilizar la larga fase de la expansión económica posterior a las grandes destrucciones de la guerra para conceder a los obreros mejoras limitadas para obtener a cambio la colaboración entre las clases para la cual pusieron todas sus energías las fuerzas oportunistas políticas y sindicales, asegurando de esta manera, desde la posguerra en adelante, la misma política social adoptada por el fascismo. Así, el control social burgués no tenía ya necesidad de la mano dura de la reacción negra: y métodos democráticos. Medios y métodos que tienen una cualidad

*( sigue en la pág. 10)*

## ¿Para cuándo...

(viene de la pág. 3)

*«nación», sino al proletariado de todos los países. Eran miembros activos de una organización revolucionaria, ideológicamente aún frágil pero genuina y valientemente clasista, eran anti reformistas y eran contrarios a la papeleta del voto. No apelaban a constituciones solemnes ni a códigos, escritos o no; sabían que los violaban, preveían habrá duras consecuencias en toda la pompa de sus artículos-cabestros. Representaban a ochenta mil huelguistas que durante cuatro días tuvieron en jaque al aparato de defensa de la clase dominante; no marchaban a la cabeza de cortejos que uniesen a comerciantes con obreros, trabajadores y usureros o esbirros. Colgados por las fuerzas no del fascismo sino de la democracia, símbolos de una sociedad irremediabilmente dividida en clases antagonistas, no de una hipotética unidad en bloque en el respeto de la ley o de los preceptos cristianos. El Primero de Mayo fue elegido por el movimiento proletario internacional en su honor, y como símbolo de la solidaridad internacional de los trabajadores contra el Capital; su bandera fue roja, contra los miles de colores de las banderas de los detentadores de una patria, venerada y cuidada, como las cuentas bancarias.*

Un abanico de traidores va hoy a las calles a celebrar un Primero de Mayo patriótico, constitucional, democrático, legalista, interclasista y amante de los banquetes, entre fanfarrias nacionales, entre genuflexiones y abrazos; entona el Biancafiore y el Himno de Mameli a mayor gloria de la infame sociedad a la cual dieron la escalada los federados de París, los mártires de Chicago, la santa canalla en traje o en casaca marinera de Petrogrado y de Berlín, y que responde con plomo y con la fuerza: el Primero de Mayo de Guida. La clase dominante ha querido y quiere las vidas de los dominados; no contenta, entrelaza con ella su macabra danza. Volverá el Primero de Mayo proletario: será el día no de la gran capitulación, sino del gran desafío.

¿Para cuándo?

Lo escribíamos para el 1º de mayo de 1.957. Desde entonces ¿qué ha sucedido? ¿Se ha aproximado el Primero de Mayo proletario, la jornada en la cual los proletarios de cualquier edad, categoría o sector, de cualquier

país hacen fuerte su alianza con una jornada de lucha?

Desde entonces se han desarrollado muchas luchas, ha habido muchas huelgas, y muchos enfrentamientos con las fuerzas del orden de un sistema que tolera la lucha obrera sólo si se desarrolla en los límites compatibles con los intereses económicos, sociales y políticos de la patronal, de la clase burguesa dominante. Luchas siempre guiadas y condicionadas por los sindicatos, que son cualquier cosa menos organizaciones de clase dedicadas a la defensa exclusiva de los intereses proletarios. El colaboracionismo a nivel sindical y político —es decir, la política de sumisión de la clase obrera a los dictados de los intereses del capitalismo presentada como única solución para obtener la menos mala de las situaciones que la burguesía reserva a la clase trabajadora— reconstituido ya durante la Segunda Guerra Mundial sobre las líneas dejadas por el fascismo, es la forma moderna del oportunismo que ha intoxicado a las generaciones proletarias después de las tremendas derrotas sufridas a causa de la contrarrevolución estaliniana que derrotó al movimiento proletario revolucionario internacional y a la Revolución bolchevique en los tiempos de Lenin con las cuales el proletariado había intentado el asalto a los cielos también en las capitales europeas

Las contradicciones sociales, que el desarrollo capitalista no hace sino agudizar e incrementar, no dejan «espacios vacíos» no dan alternativas pacíficas al antagonismo de clase que caracteriza la sociedad capitalista: la burguesía está siempre en guerra, en la competencia mercantil y financiera contra la burguesía de los otros países, y en su propio país contra la única clase que históricamente ha tenido, tiene y tendrá la posibilidad de oponérsele como fuerza revolucionaria, el proletariado.

El colaboracionismo tiene una misión vital para el mantenimiento del dominio burgués sobre la sociedad: hacer pasar en las filas proletarias reivindicaciones y objetivos que dañen lo menos posible los intereses de los capitalistas, y si las luchas obreras conllevan daños para los intereses patronales, que el daño para los obreros sea siempre mayor que aquel sufrido por los patronos.

Desde el fin del segundo enfrentamiento imperialista en adelante, gracias a las enormes destrucciones de la guerra, el capitalismo ha conocido algunos decenios de desarrollo que parecía incontenible; este crecimiento

económico ha consentido a los poderes burgueses, ayudados y sostenidos por las fuerzas del moderno oportunismo nacionalcomunista, y por lo tanto socialchovinista, gestionar su dominio sobre la sociedad no sólo a través de las clásicas formas de violencia y de represión, legales e ilegales, que cualquier Estado ha adoptado (de Portelladelle Ginestre a los hechos del junio-julio de 1.960, al G8 de Génova de 2001, por no salirnos de Italia) sino también distribuyendo infinitesimales cuotas de beneficio al proletariado para satisfacer sus exigencias más apremiantes y para transformar a los estratos proletarios más elevados y profesionalmente cualificados en consumidores obsesionados por la posesión de toda «novedad» del mercado, del automóvil a la televisión, de los muebles más modernos a la última tendencia en moda, de la adquisición de la casa a las pólizas de seguro y a la inversión de los ahorros.

El oportunismo siempre ha tenido un cierto éxito gracias a las bases materiales sobre las cuales podía contar y que le han permitido durante largo tiempo, y le permiten aún, aburguesar a los estratos proletarios más elevados —la famosa aristocracia obrera— aplastando al mismo tiempo a los estratos más bajos, que por otra parte son la mayoría de la clase proletaria, en las condiciones cada vez más inseguras y precarias hasta el punto de frustrar completamente la defensa de «derechos» proletarios que la burguesía ha permitido en sus constituciones y en sus leyes, sabiendo perfectamente que esos «derechos» si no se sostienen por la fuerza no valen nada y son sólo humo.

Las bases materiales sobre las cuales el oportunismo colaboracionista ha podido contar a lo largo de todos estos decenios son tanto de orden económico como social; bases que han sido reforzadas por el reconocimiento de las organizaciones colaboracionistas —los sindicatos tricolores y los partidos democráticos y parlamentarios, sobre todo— como los únicos «representados» por las clases trabajadoras con las cuales el Estado burgués, los gobiernos y las asociaciones patronales firman los acuerdos y los contratos.

Perdido inevitablemente, bajo los golpes de la contra revolución burguesa y estalinista, el empuje de clase que la victoria revolucionaria en Rusia en 1.917 había difundido en todo el mundo, el proletariado de los países capitalistas avanzados, después de que sus organizaciones sindicales y los partidos comunistas

revolucionarios fuesen destruidos y sustituidos por organizaciones burguesas –aún travestidas de socialistas y comunistas- no podía sino precipitar en las ilusiones que la democracia burguesa alimenta desde siempre (parlamentarismo, pacifismo, condisión de los objetivos y de los intereses burgueses, patriotismo, etc.) Esperando que la burguesía, después de los horrores del nazifascismo y de la guerra mundial, habría abandonado la búsqueda despiadada del beneficio mitigando sus pretensiones y dejando la posibilidad de «emanciparse» de las condiciones de completa sujeción social y política y de «manifestar» las propias exigencias a través de los instrumentos políticos y jurídicos que la burguesía misma había reconstruido después de la caída del fascismo, el proletariado no hacía sino hundirse cada vez más en las arenas movedizas de la democracia burguesa. Una democracia, por lo demás, que no era ya la democracia liberal que existía aún en el paso del siglo XIX al XX, que se había transformado, sin posibilidad alguna de «retorno al pasado», en una democracia fascitizada mucho más útil a los poderes burgueses que, después de la segunda guerra mundial, debían enfrentarse a nivel internacional con una competencia cada vez más feroz y con enfrentamientos interimperialistas que inevitablemente desembocaban, en esta o en aquella parte del planeta, en guerras soterradas y sucias. La paz tan propalada por todas las democracias del mundo y tan ensalzada por los falsos socialistas estalinianos y post-estalinianos, se ha convertido cada vez más en un artículo comercial imposible de encontrar.

En el curso de los años, las fechas que en un tiempo emocionaban los corazones proletarios, como el 7 de noviembre para la Revolución Rusa de 1.917, el 1º de mayo como jornada de lucha anticapitalista de los proletarios de todo el mundo, el 8 de marzo como jornada de lucha de la mujer proletaria, se han convertido ocasiones exclusivamente comerciales y de propaganda del colaboracionismo interclasista. Despojadas de su contenido original de antagonismo hacia una sociedad vampiresca y asesina de proletarios y de pueblos marginados, era inevitable que también las fechas que mundialmente representaban una «cita» de alianza fraternal de clase y de reafirmada voluntad de lucha contra el capitalismo, se vaciasen completamente y se transformasen en un himno, recitado de mil maneras

diversas, al dominio inapelable de la clase burguesa.

Pero el espectro de la lucha de clase, de un proletariado que se despierta de un largo letargo y que encuentra la fuerza, en su propia lucha, para desintoxicarse del veneno democrático, pacifista, colaboracionista; que encuentra la fuerza de combatir el individualismo y cualquier forma de adorno pequeñoburgués a su propia esfera privada, a su mísero presente, para unirse nuevamente con la perspectiva de clase que une a los proletarios de cualquier condición y de cualquier país, con la perspectiva de una emancipación no tanto de la fatiga del trabajo asalariado sino del trabajo asalariado en cuanto tal; el espectro de una lucha proletaria que no se quede en las reivindicaciones de un puesto de trabajo, de un salario, de una casa, de una vida decente, sino que se lance más allá de los límites de la contratación y de las leyes burguesas, con el fin de subvertir de arriba abajo la organización social existente para acabar con cualquier forma de opresión, pero sobre todo para reorganizar la sociedad entera sobre bases totalmente diversas que no generen más enfrentamientos y antagonismos de clase porque las clases no existan más en cuanto la producción social será liberada de la apropiación privada que caracteriza la sociedad burguesa; no habrá mercado, moneda, capital y el trabajo no será más asalariado, sino que será trabajo simplemente humano, actividad social organizada racionalmente en todo el planeta y dirigida a satisfacer las exigencias de vida de la especie humana en la mayor armonía posible con la naturaleza.

El espectro de la lucha de clase es el espectro del comunismo; es el espectro del fin definitivo del dominio de clase burgués sobre la sociedad. Es talmente fuerte aún en la memoria de las clases dominantes burguesas el miedo sufrido en los años '20 del siglo pasado en el cual su poder vaciló bajo los golpes del asalto revolucionario proletario a sus ciudadelas, que cualquier burguesía nacional no escatima en tiempo, dinero o energías para tener bien lubricada la máquina del colaboracionismo sindical y político. Si es necesario, para tener lubricada esta máquina de control social, dar espacio y visibilidad excepcionales a un nuevo Papa transformado en un simpático histrión dedicado a la actividad de infatigable propagandista de una paz y de una hermandad que nunca podrá dar a la humanidad esta

sociedad del beneficio y de la opresión sistemática, bienvenido sea el aporte religioso. Lo importante es que la rabia por la vida de dificultades y de miseria en la cual estratos cada vez mayores del proletariado están constreñidos, se dirija no hacia el antagonismo de clase, sino hacia la piedad por los abandonados, por los «más desafortunados», por aquellos que sufren la fatalidad de las guerras y de la represión, consideradas en el mismo nivel que las fatalidades de los terremotos y las hambrunas.

Nosotros, comunistas revolucionarios, considerados visionarios incapaces de salir de un pasado «que no volverá más», sabemos que el proletariado no reanudará su camino de clase si no se conecta a su pasado de clase, a las luchas que han significado su vitalidad histórica. La clase proletaria no es una simple suma numérica de millones y millones de individuos que viven en las condiciones proletarias, es decir, de sin reservas. La clase proletaria es clase porque, en la historia de la formación y del desarrollo de la sociedad burguesa, el capital para acumularse y para valorizarse ha tenido que transformar a masas cada vez más vastas de campesinos, artesanos, tenderos, etc. una vez despojados de todos sus bienes y de sus haberes, en trabajadores asalariados, es decir, en fuerza de trabajo que no tiene a su disposición sino su propia fuerza física para aplicar de manera asociada a un trabajo organizado por los poseedores del capital. Trabajo contra salario, esta ha sido y es la situación en la cual los proletarios se encuentran y se encontrarán en una sociedad en la cual todo producto, todo valor de uso, es transformado en valor de cambio. En el mercado, en el intercambio entre mercancías y dinero, se decide la supervivencia de los hombres. Aquellos que tienen en sus manos no sólo los medios de producción, sino sobre todo la producción, es decir, los capitalistas, tienen en sus manos la vida de los productores, de los trabajadores asalariados que no poseen sino sus brazos y sus mentes para ofrecer a quien puede explotarlos contra un salario. Los proletarios, es decir, los sin reservas, no podrán nunca tener los mismos intereses que los capitalistas, es decir, que aquellos que los explotan para acumular y valorizar su capital. Cuanto más se extiende y se intensifica la explotación del trabajo asalariado, más aumenta y se refuerza el dominio del capital sobre

( sigue en pág. 6 )

## ¿Para cuándo...

(viene de la pág. 5)

el trabajo asalariado, más se refuerza el dominio económico, social y político de la clase que detenta el capital, la clase burguesa-

Los proletarios, en su condición de fuerza de trabajo asalariada, sufren inexorablemente la presión capitalista; son constreñidos a ser explotados para sobrevivir. Pero en su condición de productores de la riqueza social, representan una fuerza social en condiciones de oponerse a la explotación cada vez más intensa: asociados en el trabajo en la fábrica por el mismo capitalista que gracias al trabajo asociado obtiene una producción cada vez más rentable, pueden asociarse para oponerse a la intensificación de la explotación y sobre la base de esta oposición aspirar a objetivos mayores y más vastos. La historia de las luchas de clase demuestra que es la organización independiente de los proletarios la que tiene la posibilidad no sólo de oponerse a una explotación capitalista bestial, sino de aumentar su fuerza contractual y obtener mejoras sensibles en sus condiciones de vida y de trabajo. La ley inglesa sobre las 10 horas laborales al día y la sucesiva ley de las 8 horas, son mejoras considerables, cierto, obtenidas gracias a las luchas de clase, por lo tanto a las luchas conducidas por organizaciones proletarias independientes. Sabemos que cuando los capitalistas tienen una ley escrita y esta ley no defiende efectivamente los intereses de cada capitalista individual, encuentran mil ocasiones y subterfugios para saltársela. El trabajo negro, el trabajo flexible, el precariado organizado sistemáticamente, son utilizados continuamente por todos los capitalistas. En ausencia de organizaciones proletarias independientes de clase—como sucede desde hace tantas décadas— estas actividades ilegales y estos subterfugios se instalan en los contratos y en las leyes. Hoy, miles de artículos y de acuerdos específicos que se precian de ser la patente de la legalidad esconden en realidad el «trabajo negro», y esto golpea sobretodo a la mano de obra inmigrante, clandestina por necesidad y no por «elección».

Por lo tanto, haber destruido las organizaciones proletarias independientes, sustituyéndolas con organizaciones sindicales colaboracionistas, ha facilitado enormemente la tarea de la clase

burguesa dominante en su actividad de control social. ¿Un ejemplo? El derecho de huelga no ha sido suspendido (estamos en democracia ¡demonios!), sólo que es ejercido de manera que no comporte ningún daño a los capitalistas. Es uno de los modos democráticos de transformar un arma, con la cual los obreros deberían obligar a los patrones a pactar sus exigencias en un boomerang. A la larga, en lugar de hacer huelga, los trabajadores se convencen de ponerse en manos de profesionales del colaboracionismo sindical porque negocian con las «contra partes», patrones o entes públicos; si no obtienen nada, los proletarios no han perdido el salario en huelgas que tampoco hubieran llevado a nada; si obtienen cualquier cosa será siempre algo que antes no tenían y que han logrado sin perder el salario: esta es la manera de razonar típica del profesional del colaboracionismo que tiene todo el interés en demostrar que su actividad es indispensable para los proletarios para que estén atados al carro burgués.

Pero los proletarios, pese a no tener hoy ni de lejos la percepción de representar una fuerza histórica formidable, la única capaz de revolucionar la sociedad actual del sistema de explotación del hombre por el hombre y transformarla en un sistema de armonía social del cual habrán desaparecido todas las posibles formas de opresión y de división en clases, constituyen la masa productiva indispensable para el capitalismo: sólo de la explotación del trabajo asalariado extraen los capitalistas ganancia y el capital—verdadera entidad dominante sobre la sociedad y sobre los mismos capitalista— se valoriza. Por más innovaciones técnicas que se apliquen a la producción, y por más automatismos que se inserten en los procesos de trabajo, el capital no podrá deshacerse del trabajo humano de los obreros: es del tiempo de trabajo no pagado de donde el capitalismo extrae su beneficio. El marxismo, habiendo descubierto el secreto de la ganancia del capitalista en el plus trabajo—por lo tanto en el tiempo de trabajo no pagado al obrero— que genera el plusvalor, ha demostrado al mismo tiempo que el capitalismo tiene su límite respecto al desarrollo de las fuerzas productivas precisamente en el hecho de que es el explotador del trabajo asalariado y en que debe valorizar el capital invertido a través de los intercambios en el mercado. Las crisis de sobreproducción definen la imposibilidad del capitalismo de desarrollarse constante y

pacíficamente sin interferencias: debe producir cada vez más mercancías para poner los medios de producción al máximo de su potencia, pero esas mercancías en un cierto punto no encuentran salida en el mercado, no son ya vendibles al precio que asegura una tasa media de beneficio y por ello deben ser destruidas y dejar su puesto a otras mercancías, a otra producción, en un espiral continua de exceso de producción para el mercado (exceso de mercancías y exceso de capitales) y de imposibilidad de transformar todas las mercancías producidas en dinero. La guerra de competencia es inevitable, la guerra comporta destrucción, la sociedad precipitada en la barbarie. Y esto no sucede sólo en la producción, sino que también les pasa a los productores: el desarrollo del capitalismo lleva a un exceso de población proletaria, aumenta la productividad del trabajo y disminuye la cantidad de trabajadores ocupados, aumenta por lo tanto la desocupación. La clase dominante burguesa, mientras que hace progresar las técnicas industriales, no deja de llevar al hambre a toda la población proletaria del mundo.

Guerras, carestía, miseria creciente: masas proletarias cada vez mayores migran hacia lugares donde no ha guerra, donde la carestía no ha golpeado, donde la miseria se encuentra en niveles mínimos. La esperanza de sobrevivir para los proletarios de cualquier parte del mundo está ligada a un hilo que los burgueses tienen en su mano: si conviene económica, social y políticamente, los burgueses mantienen el hilo. Pero si no conviene, este es despedazado y los proletarios se precipitan en la desesperación y en la muerte. Durante años, las costas italianas, griegas, turcas, españolas, maltesas, chipriotas, libias, egipcias, marroquíes o libanesas, han visto el paso y la llegada de masas de migrantes que tienen en general una sola meta: escapar de países donde la esperanza en un futuro próximo, si no del mismo presente, no existe. El capitalismo, en tantos años de historia y de progreso, no ha resuelto el problema principal para la especie humana: comer regularmente todos los días. El capitalismo ha transformado a la mayoría de la población mundial en esclavos asalariados y el poder que ejerce la clase burguesa ha mantenido a aquella mayoría de la población en la esclavitud del trabajo asalariado.

La clase burguesa dominante no es ya capaz de garantizar la existencia a sus propios esclavos asalariados ni siquiera dentro de las condiciones de

su esclavitud (Manifiesto del Partido Comunista, Marx-Engels, 1.848); los proletarios son obligados a vivir en una situación de supervivencia del todo precaria, y la burguesía, en lugar de ser nutrida por ellos, por su trabajo asalariado, por su explotación, se ve obligada a nutrirlos. La actividad continua de entes caritativos y de beneficencia para socorrer de cualquier manera a masas cada vez mayores de desocupados, marginados y desesperados, demuestran que la clase burguesa, no obstante su progreso tecnológico e industrial, constituye un daño y no una ventaja para la especie humana.

La clase de los proletarios, de los trabajadores asalariados, de los sin reservas, la clase desposeída de todo recurso y de su misma vida, bajo el juego del dominio burgués, es una clase de esclavos modernos que con su trabajo no hacen sino reforzar las cadenas de su propia esclavitud. El único modo para emanciparse de esta esclavitud es despedazar las cadenas. ¿Dónde encontrar la fuerza para sublevarse y despedazar esas cadenas? Esa fuerza los proletarios la poseen sólo en su propia organización independiente de clase, en la lucha en defensa exclusiva de sus propios intereses de clase y en la guía del partido de clase, ese partido que el Manifiesto de 1.848 indica como la respuesta dialéctica al antagonismo entre las clases y a la lucha que la clase proletaria está obligada, para sobrevivir, a conducir contra la clase burguesa dominante.

Los proletarios, impulsados inexorablemente por las contradicciones cada vez más agudas de la sociedad burguesa, por la necesidad de reaccionar con fuerza a la presión cada vez más tremenda de las fuerzas de la conservación social y al peligro de precipitarse en los abismos de la miseria y de la guerra imperialista, actuarán antes de todo para defender su propia vida de esclavos asalariados y, en la lucha contra enemigos que no tendrán ningún escrúpulo en llevar a cabo destrucciones y masacres para mantener sus propios privilegios, aprenderán nuevamente a superar los límites del orden burgués y ponerse objetivos políticos elevados y decisivos como la conquista revolucionaria del poder, renovando el asalto a los cielos de los comuneros parisinos de 1.871 y la revolución de los proletarios comunistas rusos en octubre de 1.917 con sus 10 días que conmocionaron al mundo.

El proletariado, abatido y desmoralizado por tantos años de

luchas ineficaces y por un bienestar esperado que la democracia salida de las resistencias contra el fascismo habría traído pero que en realidad no ha llegado nunca si no es por breve tiempo y para una pequeña parte; iluso y confuso durante décadas de contorsiones electorales y parlamentarias que han revelado en realidad cómo la corrupción mercantil impregna cada poro de la sociedad; cabizbajo y desarmado sobre el plano de la defensa inmediata tanto como sobre el político más general; sometido siempre a los intereses burgueses por los cuales sus condiciones de vida y de trabajo empeoran sistemáticamente: ¿cómo podrá salir, este proletariado, del abismo en el cual le han hecho precipitarse?

Los hechos materiales y los sucesos históricos desfavorables han determinado la derrota del movimiento proletario revolucionario en los años '20 del siglo pasado. La teoría marxista, al contrario, no ha sido derrotada, sino que ha hallado su confirmación; basta sólo con examinar la periodicidad de las crisis de sobreproducción capitalista, la cada vez más desenfrenada lucha de competencia y los cada vez más agudos enfrentamientos entre las potencias imperialistas para reconocer en el análisis de la sociedad burguesa y de su inevitable desarrollo hacia la catástrofe económica y social hecha por el marxismo, lo correcto y científico de su anticipación. Son las fuerzas sociales y el enfrentamiento entre las clases los que hacen la historia.

Los factores que cooperan en la maduración de las situaciones históricas por las cuales la salida revolucionaria se vuelve objetivamente necesaria —como para la revolución burguesa de ayer, lo mismo para la revolución proletaria de mañana— deben combinarse favorablemente tanto sobre el plano de la lucha proletaria independiente como sobre aquel político, desde el punto de vista de la influencia del partido de clase sobre el proletariado y también sobre el de la incertidumbre y la debilidad del poder burgués agitado por la crisis de su régimen. Y finalmente sobre el plano internacional en cuanto movimiento obrero en marcha en los diversos países más importantes.

Cuanto más se desarrolla el capitalismo radicándose en todos los países del mundo, más se amplían y refuerzan los factores de defensa de la conservación social burguesa; pero al mismo tiempo, se forma una

gigantesca masa proletaria, difundida en todo el mundo y, con ella, aparecen en todos los países luchas proletarias por condiciones salariales y de vida mejores. Aquí y allá la lucha se convierte en motín. A veces los obreros vencen, pero sólo transitoriamente (el Manifiesto de 1.848) La lucha proletaria no es ya característica sólo de un pequeño número de países capitalistas avanzados, sino que se convierte en la norma también para aquellos atrasados desde un punto de vista capitalista. Desde el punto de vista del curso histórico esto es un hecho de gran importancia, porque cuando se presentan los factores favorables para la reanudación de la lucha de clase y de la lucha revolucionaria, el teatro del enfrentamiento de clase entre burguesía y proletariado no estará ya limitado a poquísimos países como sucedía en los siglos XIX y XX, sino que involucrará a muchos países, y por lo tanto a sus proletarios. Proletarios de todos los países, ¡uníos!, no será sólo un llamamiento, sino un hecho concreto basado en experiencias efectivas de lucha.

En esta perspectiva se hace aún más indispensable el trabajo de readquisición teórica del marxismo, en su invariancia original, porque la lucha proletaria de clase, cuando explote nuevamente en las metrópolis imperialistas y en las capitales de los países llamados emergentes, deberá poder contar con un partido de clase ya existente, aún en la forma embrionario, pero sólidamente adherido a la teoría marxista y a los balances dinámicos de los grandes acontecimientos de la historia habiendo sacado las lecciones vitales de las contrarrevoluciones.

Nosotros, comunistas del Partido Comunista Internacional, hemos asumido la tarea de trabajar por la formación del partido de clase compacto y potente de mañana sobre la base de esos balances y de esas lecciones.

Ese es nuestro desafío.

## suscribíos

**¡SOSTENED  
Y DIFUNDID  
LA PRENSA  
DEL PARTIDO!**

## ELECCIONES: la sogal al cuello del proletariado

(viene de pág. 1)

las instituciones democráticas para mantenerse inalterada. El circo electoral y el parlamentarismo sólo son ilusiones con las cuales la burguesía hace creer a la clase obrera en los mitos de la igualdad ante la ley, de su participación en igualdad de condiciones en el gobierno de la sociedad y, sobre todo, en la posibilidad de transformar su suerte mediante el voto. Estos meses han enseñado, claramente, que estos mitos carecen de todo fundamento desde el momento en que la burguesía misma ha podido prescindir de un gobierno elegido democráticamente y nada ha cambiado, desde el momento en que la supuesta máxima autoridad democrática del país ha podido estar ausente durante varios meses y nada ha pasado. Y es que la burguesía, para continuar explotando al proletariado, para mantenerlo bajo su talón de hierro, necesita, esencialmente, que este mantenga su ilusión en que los mecanismos democráticos son los únicos que pueden librarle del mundo de miseria en el que vive. Por lo tanto, manteniendo esta ilusión, ni siquiera requiere que estos mecanismos funcionen. El Estado, verdadero órgano de dirección y ejecución de sus intereses de clase en el país, seguirá funcionando porque es ajeno al Parlamento, porque es una fuerza que permanece al servicio de la burguesía independientemente de quién sea el que ocupe el sillón presidencial en la Moncloa o en la Carrera de San Jerónimo. La fuerza real del Estado se oculta detrás del velo democrático y es inapelable por mucho que el voto parezca que puede alterar su naturaleza: el parlamentarismo es únicamente un engaño que busca hacer creer a los proletarios que un día, cuando reúnan las suficientes fuerzas electorales, cuando haya un partido “honesto”, la burguesía aceptará desmontar su órgano de dominio de clase y les entregará el poder. Estos meses hemos visto cómo mientras las Cortes deliberaban sobre un objetivo imposible, mientras los proletarios se ilusionaban con un gobierno de izquierdas y, con lo que queda por delante, mientras piensan que las próximas elecciones les acercarán un poco más a la salida de la miseria que la crisis capitalista ha llevado a sus barrios y empresas, la ilusión democrática cumple su función sin tener siquiera que mantener las formas más elementales.

En segundo lugar, que todo el circo “del cambio”, los Ayuntamientos “progresistas” de Madrid, Cádiz o Barcelona, el “asalto a las instituciones”

ha mostrado su verdadera cara a las primeras de cambio. Las elecciones de diciembre dejaron las Cámaras legislativas más parecidas posible a aquellas que la burguesía pone como modelo: un Parlamento fuerte, de composición diferente a la que tendría el gobierno, con importante representación de las minorías... ¡Y ha sido disuelto a los dos meses escasos de constituirse! Si el bipartidismo había sido vendido como el peor de los males que afectaba a la democracia española y los Podemos, Mareas, etc. como la solución a este, han bastado sesenta días para mostrar que el bipartidismo es la forma más eficiente de gobierno democrático en España y que ni siquiera sobre un aspecto tan trivial como la composición parlamentaria la burguesía va a ceder lo más mínimo. La eficiencia gubernamental requiere de una plena subordinación de los poderes Legislativo y Judicial al Ejecutivo y, además, que haya una composición estable en estos dos para absorber todas las tensiones que puedan producirse en ellos. Como en una gran empresa burguesa, la unidad de mando, incluso en los aspectos secundarios de este, es esencial y si las elecciones alteran lo más mínimo esta unidad... se convocan nuevas elecciones. Y así hasta que sea necesario.

Los partidos del nuevo oportunismo político no cesan de decirle a los proletarios que deben abandonar la calle y las luchas en sus puestos de trabajo y en sus barrios para poder construir una alternativa política. Bien, estos dos meses han mostrado la alternativa que el proletariado puede esperar en el circo democrático: no sólo subordinar sus intereses de clase a los intereses de la nación, es decir a los intereses del capitalismo nacional, sino además aceptar todos los chantajes del juego parlamentario y embutirse en el traje de la “responsabilidad política” que permite un gobierno estable. Estos partidos comenzaron, durante las movilizaciones de los años 2.012 y 2.013, planteando un programa aparentemente intransigente que pasaba por desalojar a los “políticos tradicionales” de la Moncloa. Después aceptaron las componendas con la “izquierda tradicional” a la que antes denostaban por traidora porque eran necesarias para gobernar. Ahora renuncian no sólo a gobernar, sino también a hacer de oposición en el Parlamento para que el país tenga un gobierno que pueda ejercer sus funciones sin demasiados sobresaltos. Desde el primer momento su única función fue meter a los proletarios, que podían alterar el orden social, en el juego parlamentario. Una vez lo han conseguido ni siquiera se molestan en guardar las formas y ceden

en todo punto ante aquellos a quienes decían combatir.

Los proletarios no deben llorar la muerte del Parlamento. Sólo se ha evidenciado aquello que sucedió hace muchas décadas. El Parlamento no significaba nada para la burguesía, únicamente era la manera de atar a los proletarios para que respetasen el verdadero gobierno de la sociedad: aquel que la clase burguesa ejerce sobre la clase proletaria para mantener la explotación cotidiana bajo la que vive en el mundo capitalista. Los proletarios no deben lamentarse por la traición de los partidos pseudo obreros, aquellos que llaman a participar en las instituciones democráticas como única vía para la lucha: tampoco significaban otra cosa que el canal directo entre los proletarios y la burguesía, a través del cual esta les hacía aceptar sus exigencias: son, han sido y serán para el proletariado lo que la cuerda ha es, ha sido y será para el ahorcado.

Los proletarios deben sacar las lecciones que les proporcionan estos meses. Ni el fantasma electoral, ni el show parlamentario, ni las promesas de regeneración democrática... son otra cosa que armas en manos de sus enemigos. Cualquiera que sea el gobierno que salga de las próximas elecciones, bajo cualquier parlamento, deben ser conscientes de que los verdaderos problemas de su clase se resuelven en otro lugar. Sólo la lucha por la defensa intransigente de sus intereses de clase, que van desde las exigencias laborales por el salario, la jornada laboral o las muertes en el trabajo a aquellas referidas al problema de la vivienda o la habitabilidad de los barrios obreros, pasando por las relativas a la lucha contra la opresión exacerbada que por cuestión de raza, sexo, edad, etc. sufre como un plus de tiranía en la sociedad burguesa; sólo esta lucha llevada a cabo a través de medios y métodos de clase, que pasan por no conciliar sus exigencias con las necesidades de la economía nacional ni en los puestos de trabajo ni en cualquier otro ámbito, por utilizar la huelga sin preaviso ni servicios mínimos y de duración indefinida, por romper las divisiones que la burguesía levanta entre proletarios hombres y mujeres, entre nativos y extranjeros, entre jóvenes y ancianos; sólo esta lucha puede contrarrestar la presión que la burguesía ejerce sobre el proletariado sobre el terreno inmediato.

Pero incluso esta lucha no será suficiente. Únicamente podrá atenuar la situación de miseria que, cada vez más intensamente, viven los proletarios. Para acabar definitivamente con ella, el

proletariado deberá elevarse del terreno inmediato al general, de la lucha económica a la lucha política. Para ello, deberá romper, en primer lugar, con la mixtificación democrática que le hace creer que los intereses de la burguesía y los suyos propios son los mismos. Que por lo tanto pueden conciliarse las diferencias en el marco de un Estado colocado por encima de las clases sociales y que puede hacer de árbitro entre ellas. Con ello, el proletariado deberá rechazar como el peor de sus enemigos a todo aquel que le proponga la utilización de la vía democrática (parlamentaria, judicial, municipal, etc.) para solventar sus luchas: sobre este terreno la clase obrera ha perdido la batalla antes de luchar y se entrega atada de pies y manos a la burguesía.

La verdadera lucha política del proletariado es la lucha por la destrucción del poder de clase de la burguesía, de su Estado, sea este democrático o dictatorial, con el fin de imponer su dictadura de clase, única vía para transformar el sistema de explotación y muerte que es el capitalismo en uno donde la especie humana pueda librarse finalmente de la explotación del hombre por el hombre. Para ello es imprescindible la reconstitución del partido

revolucionario de la clase obrera, internacional e internacionalista, que es el verdadero órgano de combate con el cual, fuera y contra toda ilusión democrática de convivencia entre las clases, se podrá hacer desaparecer a la burguesía y a su Estado de la historia. Por lo tanto la lucha por su partido de clase, colocado sobre la vía histórica del marxismo revolucionario y de la inmutabilidad del programa comunista, es la primera tarea que deben asumir los proletarios que quieren romper con el marasmo del oportunismo político y económico que una y otra vez les sume en la derrota. Una tarea que no se mide con los plazos del juego electoral, que no promete éxitos inmediatos como hacen todos los sicofantes de la burguesía con sus programas, sino que requerirá de un largo y doloroso proceso histórico, cuajado de amargas derrotas y pequeñas victorias que no se pueden ponderar con un criterio inmediatista. Una tarea que necesita del concurso de las mejores fuerzas de los proletarios más dispuestos y que no les promete ni sillones parlamentarios ni concejalías en ayuntamientos ni tan siquiera el reconocimiento social con que la burguesía premia a sus siervos, pero que es la única vía que puede garantizar el éxito final de la lucha proletaria y por lo tanto la única vía para servir realmente a

esta.

**Por la defensa intransigente de las condiciones de vida y de trabajo de la clase proletaria.**

**Por el retorno del proletariado a la lucha de clase, anti democrática y anti burguesa.**

**Por la reconstitución del Partido Comunista, internacional e internacionalista.**

## REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -el periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de la que se ha tomado.

## El principio democrático

La crítica de tal proposición [*del sistema de consulta y mayorías para organizar la jerarquía*, NdelT] debe ser mucho más severa cuando se propone su aplicación al conjunto de la sociedad actual, o a ciertas naciones, que cuando se trata de introducirla en el seno de organizaciones mucho más restringidas como los sindicatos proletarios y los partidos.

En el primer caso, debe ser rechazada sin más porque está planteada en el vacío, sin tener en cuenta para nada la situación económica de los individuos, y con la pretensión que el sistema es intrínsecamente perfecto, independientemente de la consideración de los desarrollos evolutivos que atraviesa la colectividad sobre la cual está aplicada.

La división de la sociedad en clases netamente distintas - como resultado de los privilegios económicos - quita todo valor a una opinión mayoritaria. Nuestra crítica refuta la pretensión engañosa que el mecanismo del Estado democrático y parlamentario nacido de las constituciones liberales modernas hace de él una organización de todos los ciudadanos en el interés de todos los ciudadanos. Existiendo intereses opuestos y conflictos de clase no es posible una unidad de organización; y el Estado, a pesar de la apariencia exterior de la soberanía popular, continúa siendo el órgano de la clase económicamente dominante y el instrumento de la defensa de sus intereses. A pesar de la aplicación del sistema democrático a la representación política, nosotros vemos la sociedad burguesa como un conjunto complejo de otros organismos unitarios, muchos de los cuales se agrupan en torno del potente organismo centralizado que es el Estado político, porque son aquéllos que surgen de los agrupamientos de las capas privilegiadas y que tienden a la conservación del aparato social actual; otros pueden ser indiferentes o mudar su orientación frente al Estado; otros finalmente, surgen del seno de las capas económicamente oprimidas y explotadas, y están dirigidas contra el Estado de clase. El comunismo demuestra por lo tanto que, mientras respecto a la economía persiste la división en clases, la formal aplicación jurídica y política del principio democrático y mayoritario a todos los ciudadanos no logra dar al Estado el carácter de una unidad organizativa de toda la sociedad o de toda la nación. La democracia política ha sido introducida con esta pretensión oficial; pero, en realidad, es adoptada como una forma que conviene al poder específico de la clase capitalista y a su pura y simple dictadura, con el propósito de conservar sus privilegios.

No es por lo tanto necesario insistir mucho en la demolición crítica del error que consiste en atribuir el mismo grado de independencia y de madurez al «voto» de cada elector -ya sea éste un trabajador consumido por el exceso de fatiga física o un rico sibarita, un sagaz capitán de industria o un desdichado proletario que ignora las razones y los remedios de sus estrecheces-, yendo a buscar de tanto en tanto por un largo período de tiempo el parecer de unos y otros, y pretendiendo que el ejercicio de estas funciones soberanas baste para asegurar la calma y la obediencia de todo aquel que se sentirá desollar y maltratar por las consecuencias de la política y de la administración estatal

**De El Principio democrático, recogido en el volumen *Partido y clase*, disponible escribiendo a la dirección del periódico.**

## El Primero de Mayo, de jornada de lucha...

(viene de la pág. 3)

significativa para el poder burgués: hacen creer a los proletarios que las mejoras de sus condiciones de vida y de trabajo se obtienen en el tiempo a través de la negociación, la discusión, volviéndose partícipes de las exigencias capitalistas, rechazando por ello los medios y los métodos de la lucha directa, abierta, contra el patronato y el Estado.

Pero los hechos demuestran exactamente lo contrario: pérdida la independencia de clase, perdidas las organizaciones proletarias independientes de defensa inmediata y perdido el partido de clase, los proletarios se encuentran completamente inermes frente a la clase que tiene en sus manos todo el poder, económico, político, social y militar, la clase burguesa; poder que ejerce sin escrúpulo alguno y en su propio beneficio exclusivamente. Y si de su mesa caen las sobras, estas van sólo para sus guardianes sociales, los bonzos sindicales, los politiqueros «socialistas» o «comunistas» o simplemente «de izquierda» y, como mucho, al estrato de la aristocracia obrera que sirve para influenciar a la gran masa proletaria para continuar sometida a los intereses capitalistas. Los hechos continúan demostrando que son los proletarios los que engrosan las filas de los desocupados; son los proletarios los que se desgracian y mueren en el trabajo por culpa de los patronos que se ahorran sistemáticamente las medidas de seguridad y el mantenimiento de las instalaciones, aunque no ahorran vidas de sus «propios» obreros; son los proletarios los que sufren continuamente el empeoramiento de las condiciones de trabajo y de vida; son los proletarios los que sufren los golpes de la represión cada vez que osan rebelarse contra las condiciones de esclavitud en las cuales son obligados a vivir; son los proletarios los que mueren bajo los bombardeos de las civilizadísimas naciones democráticas y los que tienen que escapar de las persecuciones, de la violencia, de las guerras, que las mayores potencias imperialistas provocan y sostienen en todos los países de la periferia del mundo.

Los hechos continúan demostrando que los intereses de los capitalistas pueden ser defendidos sólo golpeando los intereses de los proletarios; y aquellos que propagan la comunidad de intereses entre capitalistas y obreros no hacen sino engañar sistemáticamente a los proletarios atándoles de pies y manos para poder entregarles inermes a la voracidad capitalista.

Los proletarios, para poder aún sólo defenderse cotidianamente de los continuos ataques de los capitalistas a sus condiciones de existencia, deben romper drásticamente con los métodos, los medios y las políticas del colaboracionismo. Deben reconquistar las armas de aquella que

históricamente ha sido su batalla de clase contra la burguesía, la cual está determinada por el antagonismo de clase que es congénito a la sociedad burguesa. Las armas de esta lucha no son las que la burguesía consigna a través de sus secuaces oportunistas, todas ellas dirigidas a depender de los intereses y de la voluntad de los capitalistas, mediante los cuales los proletarios son desviados del asociacionismo de clase para encerrarse en sus propios intereses individuales. La fuerza de los proletarios no está tanto en el número cuanto en la organización, en los métodos y en los medios que esta organización adopta y mantiene a lo largo del tiempo.

Los proletarios, para poder aún sólo defenderse cotidianamente de los continuos ataques de los capitalistas a sus condiciones de existencia, deben reorganizarse de manera independiente sobre plataformas de lucha en defensa exclusiva de sus propios intereses de clase. Deben rearmarse políticamente gracias a la experiencia de luchas que rebelan cuáles son los verdaderos aliados y cuáles son los enemigos; y en esta batalla los proletarios pueden encontrar una orientación y una dirección de clase sólo de un partido que de los objetivos más generales e históricos de la clase proletaria, a nivel no sólo «nacional» sino internacional» ha hecho su misión, el partido de clase.

Como la historia de las luchas de clase ha demostrado muchas veces, los proletarios después de haber sufrido derrotas importantes, reencuentran nuevamente la fuerza para reanudar su lucha de clase gracias a factores económicos y materiales que le colocan en condiciones de no poder soportar los métodos esclavistas que los poderes burgueses usan sobre todo en periodos de crisis económica. El empuje a la lucha no deriva simplemente de la «voluntad» individual o de grupo para luchar por un ideal; deriva de la necesidad de sobrevivir en condiciones completamente diversas de aquellas en las cuales se encuentra constreñido, como demuestran las masas de prófugos y refugiados que cruzan, a costa de su propia vida, las fronteras europeas.

Volver a los objetivos unificadores de la clase para poder reagrupar en torno a ellos una fuerza real, es una necesidad para la propia vida y un deber para la clase a la cual se pertenece no por «elección» sino por condiciones sociales.

Y deben volver a tener la mayor prioridad las reivindicaciones efectivamente comunes a todas las categorías proletarias, más allá de la edad, del sexo, del sector productivo o de la nacionalidad:

**-DISMINUCIÓN DRÁSTICA DE LA JORNADA DE TRABAJO**  
**-AUMENTO DEL SALARIO MAYOR PARA LAS CATEGORÍAS PEOR PAGADAS**  
**-MISMO SALARIO PARA OBLIGACIONES IGUALES, PARA HOMBRES Y MUJERES, INMIGRANTES O NATIVOS**

**- SALARIO LABORAL O SALARIO DE DESOCUPACIÓN**

**-NO AL TRABAJO SIN MEDIDAS DE SEGURIDAD**

**-NO AL TRABAJO NEGRO**

**Y la huelga —sin preaviso, sin límite de tiempo y activa durante las negociaciones— debe volver a ser el arma principal** que los proletarios de todas las categorías, de todos los países, de todas las razas o nacionalidades, utilicen en su lucha de defensa. Reorganizarse en asociaciones económicas clasistas significativas unirse bajo el mismo programa de lucha, por la defensa exclusiva de los intereses proletarios inmediatos. Esta es la única vía para acabar con el continuo empeoramiento de las condiciones de existencia de los proletarios, para salir del abismo en el cual el oportunismo colaboracionista y el poder burgués le han hecho precipitarse y para reanudar el camino de la emancipación proletaria de la esclavitud salarial.

Luchar por la emancipación del proletariado no quiere decir luchar por «más democracia» gracias a la cual obtener más «bienestar», más «libertad», más «derechos». Luchar por la democracia significa luchar a favor de la conservación social, a favor del poder burgués, a favor del sometimiento del proletariado a los capitalistas; significa atarse de pies y manos y entregarse a aquellos que explotan el trabajo asalariado para enriquecerse y para aumentar el propio poder, de aquellos que hoy predicán la paz pero preparan la guerra.

El proletariado revolucionario del siglo pasado ha sido finalmente batido, pero más por culpa del oportunismo interclasista que por la fuerza del enemigo de clase. La guerra histórica entre proletariado y burguesía, a nivel mundial, está completamente abierta y al final —como sucedió para las viejas clases dominantes del feudalismo— también la clase burguesa será derrotada. Y la burguesía misma crea a sus enterradores (el *Manifiesto del Partido Comunista*, 1.848).

1º de Mayo de 2016

**Partido Comunista Internacional (El Proletario) - [www.pcint.org](http://www.pcint.org)**

Dónde puedes encontrar  
**'EL PROLETARIO'**

**La Rosa del Foc**  
 C/ Joaquim Costa 34 bj  
 28001 - Barcelona

**Enclave de libros**  
 C/ Relatores, 16  
 28012 - Madrid

**Librería Primado**  
 Avda. Primado Reig 102  
 46010 - Valencia

**Librería Sandoval**  
 Plazuela del Salvador, 6  
 47002 - Valladolid

# Valladolid: sobreproducción capitalista y miseria obrera.

Varias empresas de Valladolid están siendo zarandeadas por todos los vientos de la economía —nacional e internacional que, al fin, son una. Ante esto el oportunismo político de corte nacionalista y socialpatriota, defendiendo una política que en el mejor de los casos puede considerarse como corta de miras, propagan que el problema es «local» o que se puede solucionar defendiendo «lo nuestro».

«*También dentro del movimiento obrero los oportunistas, vencedores de momento en la mayoría de países, ‘trabajan’ de una manera sistemática y firme en esta dirección»* [Lenin, *El imperialismo fase superior del capitalismo*, Ed. Progreso, p. 103].

La situación empezó a raíz del anuncio de la multinacional francesa LACTALIS de su intención de vender la fábrica que posee en Valladolid, la fábrica de Lauki, lo que supone en principio el despido de unos 85 empleados, sin contar con la repercusión indirecta en el sector lácteo y la ganadería de la zona.

Posteriormente, siquiera con unos días de diferencia, otra multinacional, esta vez estadounidense, MONDELEZ, anuncia el cierre y la venta de su planta de Valladolid, la fábrica de DULCIORA. La empresa alega cuestiones de producción, pretende cerrar la factoría de Valladolid (que, con 232 empleados se encontraba trabajando solo al 50% de su capacidad) para unificar en sus plantas de Polonia donde la productividad es mayor. Es decir, de dos fábricas están cerrando una... porque una puede producir lo que las dos. Es lógico desde la perspectiva de las necesidades del capital y denota bien a las claras la sobrecapacidad productiva.

En ambos casos, nos encontramos ante reestructuraciones que afectan a empresas multinacionales de gran tamaño, que alegan cuestiones productivas derivadas de la política internacional de la empresa.

Al mismo tiempo, aunque se venía barajando desde hacía meses, VOCENTO, uno de los mayores grupos editoriales del país, y todo dentro de su plan de reestructuración de plantilla, impone (porque no anuncia) el cierre de PRINTOLID, rotativa de, entre otros, de *El Norte de Castilla*. La rotativa, con 35 empleados, había sido trasladada desde el Polígono Argales a su actual ubicación en el Polígono San Cristóbal allá por el año 2006. Se hizo una renovación completa de la rotativa, con una enorme inversión para modernizar las instalaciones y la capacidad de producción. En diez años, tras esa enorme inversión, a la empresa —es decir, al grupo VOCENTO— le sale más rentable cerrarla que seguir con ella... De nuevo, las condiciones económicas están por encima de la rentabilidad misma de la producción de una empresa concreta. Printolid era una empresa rentable, pero no para

Vocento, o no en Valladolid: las máquinas se llevan a la planta de Madrid y la impresión de *El Norte* a otra imprenta que el grupo posee en Medina del Campo... La concentración y la centralización del capital, consecuencias de la crisis de sobreproducción capitalista, únicamente dan a los negocios un respiro: tarde o temprano los mismos males, propios de la irracionalidad del modo de producción capitalista reaparecen a escala ampliada y sus consecuencias se hacen sentir sobre la clase proletaria.

Parece que la cosa no cesa, y recientemente se ha anunciado un ERTE en CIDAUT con otros 150 «despididos temporales»; o los 900 que se podrían producir derivados de la reestructuración bancaria y la fusión o compra de Caja España-Duero por el banco Ceis.

## ¿Y los trabajadores, y los sindicatos y organizaciones obreras, qué hacen?

A raíz del anuncio del cierre de Lauki se producen las primeras concentraciones en la puerta de la factoría, concentraciones en las que están representados todos los sindicatos del comité de empresa (CC.OO, y UGT), y CGT. Todo dentro de la práctica normal de unos sindicatos cuya función, sobre el terreno inmediato, es mantener a los proletarios distraídos con medidas dilatorias que escamotean el verdadero contenido del conflicto: sea cual sea la forma que adopte este, la oposición entre los intereses de la burguesía y los del proletariado están en su centro. Por ello, a las medidas de fuerza de la patronal, los proletarios sólo pueden responder con las suyas propias, lo que pasa por dañar los intereses económicos de la empresa mediante la huelga, sin preaviso y sin servicios mínimos, y no por pedir la solidaridad de los propios patrones. De hecho, en alguna de estas primeras concentraciones aparecieron elementos del partido fascista Democracia Nacional que, con la posible colaboración policial y/o de la seguridad de la fábrica, colocaron sus pancartas en la factoría: la política sindical de «defensa del puesto de trabajo», «defensa de la industria local» e incluso «defensa de la economía nacional» es la que abre las puertas para que estas organizaciones ultra nacionalistas puedan ejercer influencia entre los proletarios ya que, finalmente, existe una clara sintonía entre las consignas sindicales y las suyas.

Los trabajadores de Dulciora y Printolid, por su parte, también realizan concentraciones, y poco a poco se llega a una confluencia: se convoca una manifestación unitaria contra el cierre de las empresas vallisoletanas Dulciora, Lauki y Printolid. La manifestación fue importante por el

número de asistentes, y en ella estuvieron representados todos los partidos políticos del arco parlamentario, y extraparlamentario. A pesar de las discusiones, UGT, CCOO y el comité de Lauki aceptaron incluso la presencia, de nuevo, de los fascistas de DN. Con esto se produjo, como era previsible (¿para qué sirven si no?) la división de la manifestación: por un lado el bloque «oficial», la cabecera con las direcciones de los sindicatos tricolores y vendidos y las organizaciones fascistas, por otra las bases sindicales, los trabajadores de las empresas en lucha, anarcosindicalistas y la extrema izquierda. La manifestación concluyó sin que quedase ningún poso visible de la expresión de unidad de los diferentes sectores de trabajadores en lucha que debería haber significado. Como es habitual, estas expresiones de unidad espontáneas entre la clase proletaria son boicoteadas por las organizaciones del oportunismo sindical, bien sea mediante el aislamiento bien sea introduciendo en ellas elementos de discordia mediante el mensaje nacionalista.

Printolid ha cerrado irremisiblemente. Los obreros pleitean ya en los tribunales. La lucha fue un conato, y nada más. Lauki y Dulciora continúan sus movilizaciones, tímidas, pero poco a poco están extendiendo la protesta a toda la ciudadanía. Ciertamente, la población se sitúa con los trabajadores, pero los métodos y medios de la lucha de clase siguen ausentes.

## ¿Empresas vallisoletanas?

Ya hemos dicho que las empresas son multinacionales (Mondelez y Lactalis) y nacionales (Vocento), aunque las fábricas sí son fábricas «vallisoletanas». Lauki nace en los años 50 a raíz de los planes de cooperativas lácteas y ganaderas organizados por los tecnócratas del franquismo. Pero desde hace mucho tiempo es una fábrica asociada al capital francés. Dulciora, hoy Cadbury, nace en Valladolid en 1961, pero hoy es parte de uno de los principales grupos de alimentación y snacks del mundo, Mondelez (antes Kraft). Esto es lo que ocurre normalmente. Porque las relaciones del capital se han despersonalizado, el capital es internacional... ¡los accionistas están en todas partes!

«*Las gigantescas proporciones del capital financiero, concentrado en pocas manos, que ha dado origen a una red extraordinariamente vasta y densa de relaciones y vínculos y que ha subordinado a su férula no sólo a la generalidad de los capitalistas y patronos medios y pequeños, sino también a los más insignificantes, por una parte, y la exacerbación, por otra, de*

(sigue en pág. 12)

(viene de la pág. 11)

la lucha con otros grupos nacional-estatales de financieros por el reparto del mundo y por el dominio sobre otros países originan el paso en bloque de todas las clases poseedoras al lado del imperialismo». (Lenin, id. 108).

El desarrollo de la economía local está completamente subordinado a la economía nacional y este a su vez a las relaciones internacionales de esa vasta y densa red de vínculos que describía Lenin. El capital francés, mayoritario en la industria vallisoletana (Renault, Michelin,...), está sufriendo una dura competencia tanto por parte de sus «aliados» (Alemania, EE.UU., U.K) como de los nuevos y no tan nuevos centros capitalistas (de China a Rusia a...). «Las escaramuzas políticas de los destacamentos de vanguardia se producen en el terreno financiero» (id. 119). Pero sus consecuencias son evidentes en la vida real, en el terreno de la lucha de clases. Así, la guerra internacional lleva a la concentración de la producción en factorías cada vez mayores y más eficientes (Renault), o más concretas y técnicas (Grupo Antolin) con capacidad productiva siempre en alza pero gran movilidad en su cintura «laboral»: producción por tiempos, bolsas de horas, Ertes, ERES... y todo con el necesario consenso de las fuerzas del oportunismo político y sindical.

Los proletarios no se enfrentan al problema de ver cómo la industria nacional desaparece. Se enfrentan a las exigencias de la rentabilidad del capital, que ha hecho del mundo su tablero de juego. Se enfrentan, con los cierres y la deslocalización, a la fuerza organizada de la clase burguesa que dispone de la ley, del Estado, de los grupos nacionalistas, etc. para imponer sus necesidades. Se enfrentan, en una palabra, a un mundo en el que sólo son mercancía de la que extraer la plusvalía: utilizable en tiempos de bonanza económica y desechable cuando la crisis, consecuencia de la sobreproducción de mercancías y capitales, hunde los beneficios.

Para los proletarios, en Valladolid, en España y en todo el mundo, únicamente hay una salida: la lucha a través de medios y métodos de clase, contra todo localismo, contra todo nacionalismo, en defensa exclusivamente de sus condiciones de trabajo y de vida. Y en esta lucha encontrarán como primer enemigo a las organizaciones sindicales, que pretenden colocarse a su lado de la barricada pero que, realmente, trabajan día y noche para desviarles de sus objetivos.

**¡Por la reanudación de la lucha clasista del proletariado!**

**¡Por la defensa intransigente de las condiciones de vida del proletariado!**

## SOBRE LA CRISIS PROLONGADA DEL PROLETARIADO

### Y LA POSIBILIDAD DE REMONTARLA (III)

#### Salir del engaño.

En el balance de la reunión de partido que recordábamos al inicio (ver partes I y II de este artículo en los números anteriores del periódico), escribíamos:

«El proletariado debía, y debe todavía, aprender, volver a aprender a luchar por sus propios intereses inmediatos porque ha perdido la experiencia viva, la capacidad, la memoria de cómo se lucha contra los patronos y su Estado, y ha perdido, sobre todo, la memoria de que toda lucha acaba pero que la organización de la lucha debe permanecer en pie. La confianza de parte del proletariado en organizaciones consideradas obreras como son los sindicatos tricolores oficiales, y la delegación en partidos supuestamente obreros, pero en realidad ultraburgueses, como son los partidos oportunistas falsamente socialistas y comunistas, de la visión política y del esfuerzo político por obtener resultados útiles a la propia lucha y a la propia causa dentro de esta sociedad, han significado para el proletariado de los países industrializados, y con mayor razón para el de los países atrasados, una renuncia de hecho, una renuncia profunda de la lucha de clase en favor de la colaboración interclasista»

Es desde este nivel de profunda renuncia de la lucha de clase que el proletariado debe partir. No estamos diciendo renuncia de la lucha en general, sino de la **lucha de clase**. Son cosas bien distintas. Durante años los proletarios han luchado, han continuado luchando, resistiendo como podían a la presión y a la opresión del capitalismo. Pero durante años los proletarios han luchado bajo la dirección del colaboracionismo, que les ha conducido a luchar con medios y métodos de la lucha democrática, legalista, pacifista, que por principio no pone nunca en discusión los intereses de los capitalistas y de la clase burguesa en su conjunto, que por principio no pone nunca en primer y exclusivo lugar los intereses de los proletarios. Los objetivos inmediatos, por ejemplo los ligados a las renovaciones de los convenios, de sector o de empresa, estaban siempre inmersos en el caldo de la conciliación entre las clases, de la «comunidad» de intereses entre proletarios y capitalistas. Cada vez más los intereses inmediatos del proletariado han sido colocados en un segundo, tercer, cuarto o último plano, y cada vez más los intereses empresariales —por lo

tanto los intereses de la patronal— han sido puestos, siempre, en primerísimo plano.

Las luchas obreras, precisamente porque se conducen sobre la vía del interclasismo, de la conciliación entre las clases, asumen de hecho una valencia anti proletaria; esto no quita que a través de ellas los proletarios no hayan llegado a obtener algunos resultados inmediatos: pero el gasto de energías y de sacrificios producidos para aquellos magros resultados era generalmente elevadísimo, hasta el punto de instalar entre los proletarios la idea de que con la lucha se perdía mucho más de lo que se podía ganar.

No sólo, por lo tanto, los objetivos de la lucha propuestos por los sindicatos tricolores, o por los partidos nacionalcomunistas, estaban fundamentalmente desviados de los intereses específicos del proletariado, sino que los mismos medios y métodos utilizados para lograr aquellos objetivos eran realmente descalificaban la misma lucha. Y por lo tanto en los casos en los cuales los sindicatos tricolores eran forzados a dirigir huelgas y luchas por la reacción decidida de grupos proletarios, esas mismas luchas no tenían ninguna posibilidad de convertirse en luchas de clase. El proletariado era, de esta manera, acostumbrado a un luchar, a delegar la organización, la conducción y la finalización de la lucha a los profesionales de los sindicatos tricolores, es decir a aquellos que tenían la función de hacer fracasar la lucha obrera tanto en lo que a sus objetivos se refiere como en lo relativo a los medios de presión para obtener satisfacción para las demandas planteadas.

El colaboracionismo estaba obteniendo su principal resultado: alejar al proletariado del uso consciente e inteligente del arma de la huelga, hacer nacer entre los proletarios el disgusto por las manifestaciones y los cortejos, difundir en el proletariado la idea de que la defensa de sus propios intereses no sólo debía ser interpretada como defensa individual, sino que debía ser delegada por completo a las organizaciones sindicales tricolores, únicas reconocidas y aceptadas, por otra parte, por el patronato y el Estado como interlocutores.

De esta manera, los proletarios han sido arrojados, cada vez más, al engaño del individualismo, de la soledad y de la debilidad en los enfrentamientos con el patrón y el

Estado. Si en un tiempo los proletarios confiaban los unos en los otros y marchaban juntos a la lucha, ahora ha cundido la desconfianza entre ellos y se ven empujados a desinteresarse de aquello que le sucede a su compañero de trabajo más próximo. ¿Muere un obrero por los gases respirados en una cisterna, o triturado en uno de tantos engranajes, o cayendo de un andamio? Se continúa trabajando, como máximo se hará un minuto de paro... Hasta este punto ha sido reducido, por el oportunismo, el sentimiento de solidaridad que siempre ha distinguido a la clase obrera.

Sobre el terreno político, el colaboracionismo ha desarrollado una función paralela a la del colaboracionismo sindical. Ha continuado desarrollando la ilusión en el sistema democrático y parlamentario, contando con el hecho de que el proletariado—cada vez menos clase para sí y cada vez más clase para el capital— se fie cada vez más de su Estado y de sus instituciones (prefectura y magistratura) como garante de los derechos de los trabajadores, tanto como lo es de los derechos de los empresarios, y delegue en los ayuntamientos, instituciones provinciales, regionales o centrales la solución de los problemas derivados de los enfrentamientos entre trabajadores y empresarios. Lo que no se resuelve a nivel empresarial, podría encontrar una sede «neutral» — la de la administración pública o la prefectura— en la cual los intereses «comunes» entre empresarios y trabajadores encontrarían la mejor solución.

Este engaño evidente, porque el Estado y sus instituciones no son nunca organismos neutrales por encima de las clases, sino que son expresiones precisas de los intereses de la clase dominante, perdura y echa raíces, pese a que miles de proletarios han verificado a través de su experiencia directa que no es otra cosa que una mentira. Pero, en ausencia de cualquier forma organizada de defensa clasista y proletaria, y en el perdurar durante décadas de la práctica colaboracionista, es «natural» que cada individuo-proletario, sólo contra el mundo, busque una ayuda o una protección de las que se le ofrecen, junto a la contrapartida, por parte del colaboracionismo, del cura, del empresario mismo, del usurero o del mafioso.

La renuncia a la lucha de clase es provocada por una profunda resignación frente al dominio inapelable de los patrones, frente al enorme peso que la burocracia ha asumido cada vez en mayor grado, frente a las continuas desilusiones que luchas impotentes no podían sino

producir, frente a una serie interminable de pequeñas y de grandes derrotas sobre todos los terrenos: sobre el político y revolucionario, sobre el económico y de resistencia a la presión capitalista, sobre el de la organización de defensa y de la solidaridad obrera, sobre el de la más elemental defensa de las condiciones de vida y de trabajo.

El movimiento proletario, a nivel internacional, está muy atrasado respecto a los niveles alcanzados en los años de la revolución bolchevique y de la Internacional Comunista de Lenin. Ha perdido sustancialmente la capacidad de reaccionar ante el apabullamiento del capital aún sólo sobre el terreno de la mera defensa de la vida. Aturdido por la locura productiva del capital y por la toxicidad de la democracia, por lo tanto completamente desorientado, se ha entregado sin combatir a sus verdugos, en las fábricas, en la vida cotidiana, en los campos de guerra. ¿Podrá salir de esta situación?

El futuro de la clase proletaria está en las manos de la propia clase proletaria.

Ninguna otra clase podrá jamás facilitarle la tarea de emanciparse del juego del trabajo asalariado. Del plusvalor y por lo tanto de la explotación del trabajo asalariado, todas las clases poseedoras existentes en la sociedad burguesa extraen sus privilegios y el motivo fundamental para defender con todos los medios la conservación de esta sociedad. Con la caída del poder burgués a causa de la victoria revolucionaria del proletariado, cada una de estas clases se precipitaría en la condición de sin reserva porque perdería, antes o después, la propiedad sobre los medios de producción y sobre la producción misma y cualquier posibilidad de acumular dinero o productos. La historia de la lucha entre las clases, y el ejemplo de la revolución victoriosa en Rusia, lo ha demostrado, ha hecho ver que las cosas serían de esta manera. Por ello, estas clases son histórica y necesariamente **antiproletarias**. Lo son de manera evidente y armada en el periodo revolucionario o bajo la dictadura abierta y declarada de la burguesía como en el fascismo; lo son de manera menos evidente y más insidiosa en el periodo de la expansión económica y de la democracia. Cuanto más difundida está la democracia, más posibilidades tienen las clases poseedoras de mistificar sus intereses y objetivos reales, induciendo al proletariado a no reconocer los antagonismos de clase que surgen de la misma realidad del modo de producción capitalista.

Dada la situación de fortísimo atraso en la cual se encuentra el

proletariado, el occidental en particular, y su sumisión a la suerte que la competencia del mercado le reserva, es difícil imaginar cómo este mismo proletariado podrá retomar en sus manos su propio futuro cuando no es capaz de controlar ni siquiera su propio presente. Pero la historia de las clases está hecha por la historia de las generaciones; la historia del proletariado está hecha por las generaciones de proletarios que recorren el largo y arduo camino de la lucha de clase volviendo a comenzar desde el punto más bajo al cual le han relegado las derrotas. El engaño en el cual se ha precipitado el proletariado después de la derrota del asalto revolucionario de los años 1.917-1.927 es directamente proporcional al peligro de muerte que la clase burguesa internacional, en cuanto clase dominante sobre todo el planeta, sufrió en aquel decenio. Es cierto que el proletariado saldrá del engaño en el cual ha caído, como es cierto que la clase burguesa y su sociedad capitalista no durarán toda la eternidad.

[Continúa en el próximo número]

## « Il Comunista »

Nº 143, Maggio 2016

- A quando un 1° maggio dei lavoratori?
- La presa di posizione del partito di fronte agli attentati a Bruxelles. Il terrorismo piccoloborghese di matrice islamica colpisce anche a Bruxelles. La risposta proletaria non è nella solidarietà con capitalisti e governanti, ma nella lotta di classe contro ogni manifestazione sociale del capitalismo, terrorismo piccoloborghese compreso!
- L'economia mondiale su un barile di polvere
- Risorse energetiche e ambiente: ennesima presa in giro dei proletari col referendum che non risolverà nulla, né col sì né col no. La politica energetica del capitalismo non è mai passata per le mani del "popolo elettore"!
- A cent'anni dalla prima guerra mondiale (2). Le posizioni fondamentali del comunismo rivoluzionario non sono cambiate, semmai sono ancor più intransigenti nella lotta contro la democrazia borghese, contro il nazionalismo e contro ogni forma di opportunismo, vera intossicazione letale del proletariato
- Di fronte agli attacchi della classe dominante borghese, lotta proletaria anticapitalistica! (Francia)
- Flint (Michigan). Il vero veleno è il capitalismo, il rimedio, la sua distruzione!
- Brennero e i "sacri confini"
- India. Ondata di scioperi nel settore automobilistico
- Italia. Disabili al lavoro e pensionati al minimo: un costo e un peso per la società borghese
- Italiani brava gente... Vittime di tortura? Invisibili
- 1921. Sulla fondazione del P.C.d'I. -Mosca e la "questione italiana"
- La donna e il socialismo (Fine) di A. Bebel
- A proposito di Daesh e anti-imperialismo
- Nel 2015, 4 morti al giorno sul lavoro: la strage di proletari continua!!!

Giornale bimestrale - Una copia 1,5 €  
5 FS, £ 1,5 - Abbonamento: 8 € 25 FS;  
£ 6 - Abbonamento di sostegno 16 €  
50 FS; £ 12.

# Vitoria 1.976:

## El triunfo de la democracia en España

El pasado 3 de marzo se cumplieron cuarenta años de los «sucesos de Vitoria». Como es bien sabido estos consistieron en el ametrallamiento por parte de la Policía Armada (actual Policía Nacional) de una asamblea masiva de trabajadores vitorianos en la puerta de una iglesia de la capital alavesa. Bajo las órdenes de Fraga y Martín Villa, la policía se llevó por delante la vida de cinco trabajadores con el fin de liquidar la escalada de movilizaciones proletarias que se encontraba en esos días en su punto más álgido, movilizándolo a todo el componente obrero de una ciudad paralizada por la huelga de las empresas más importantes en ella instaladas. Los «sucesos de Vitoria» significaron el cénit de la movilización obrera que, en España, se venía produciendo desde hacía varios años con una intensidad creciente, agrupando a cientos de miles de obreros bajo reivindicaciones que entremezclaban contenidos laborales con otros de alcance político: salarios, jornada laboral, despidos, amnistía para los presos políticos... eran las exigencias más comunes en un contexto de extensión de las *huelgas de solidaridad*, aquellas en las que los trabajadores de todo un ramo industrial e incluso de toda una región marchan a la lucha por exigencias que aparentemente no les competen directamente (el despido de un trabajador en otra fábrica, un convenio colectivo que no es el suyo...) pero que sienten vivamente como propias porque de hecho sienten a flor de piel su pertenencia a la clase proletaria y cada uno de los ataques que esta sufre.

### Vitoria empezó en Madrid.

El 14 de noviembre de 1.975, pocos días antes de la muerte de Franco, se da curso al decreto de congelación salarial con el cual el gobierno pretende contener las presiones inflacionistas que los convenios colectivos que se iban firmando desde el verano de ese año amenazaban con incrementar poniendo en serios aprietos a una economía que comenzaba a padecer los duros efectos de la crisis económica mundial. La burguesía española comenzaba con esta medida la que va a ser la tónica dominante de la Transición: las medidas económicas preceden a aquellas políticas, en este caso el decreto de contención salarial va a ser una medida con la que se espera controlar la vertiente salarial del creciente caos económico independientemente de quién ocupara la jefatura del Estado. Al margen de la forma política que adoptase el Estado, y sobre todo de los ritmos de adecuación de esta forma a las

exigencias del control del factor mano de obra, las exigencias de la competencia con otras burguesías nacionales, las exigencias de valorización del capital que en ese momento se ponían en entredicho en todo el mundo como consecuencia de una de las convulsiones cíclicas que padece el modo de producción capitalista, debían ser la guía rectora de la Transición. En esto todas las fuerzas burguesas estaban de acuerdo: el falso dilema «reforma o ruptura» únicamente encubría el elenco de respuestas que podrían dar, cada una de ellas de acuerdo a las tareas que tenía asignadas, ante las dificultades que pudiese plantear el ajuste económico.

La respuesta de los trabajadores no se hizo esperar: en diciembre, en Madrid, las fábricas de Standard, Intelsa, Kelvinator, Casa y los obreros de la construcción comienzan una serie de paros y huelgas que van extendiéndose de una fábrica hasta otra, dando la impresión finalmente de constituir una sola huelga de 500.000 obreros a la que se añaden espontáneamente empresas esenciales como Metro y Correos. El día 5 de enero la ciudad queda completamente paralizada y a partir de ese día se registran enfrentamientos en diferentes barrios y pueblos de Madrid (Villaverde, Getafe, Atocha...) entre trabajadores y policías, dándose en muchos casos el apoyo espontáneo de los vecinos. La situación en la calle se vuelve difícilmente controlable y hubiera sido necesaria una acción de fuerza comparable con la de Vitoria para parar la escalada de movilizaciones si no hubiese aparecido la impagable ayuda del PCE, que colabora con el Estado para la detención de los elementos más destacados de las empresas en lucha, los cuales trataban de organizar una coordinadora para organizar las luchas en curso más allá de los límites de las fábricas. A partir de ahí el partido estalinista se esfuerza, empresa por empresa, en liquidar cada lucha aislándola de las que libran el resto de los obreros, así como de acabar con cualquier conato, por embrionario que fuera, de organización independiente, siendo especialmente significativa la destrucción de la caja de resistencia que comenzaba a recoger fondos de los trabajadores de varias factorías.

Finalmente la oleada de huelgas en Madrid, que entronca por sus características similares con la huelga de Granada de 1.970, con las de Astilleros de Vigo de 1.972 o con las de Alcoy de 1.974, remitió. De manera natural, como reacción ante un ataque abierto por parte del patronal y su Estado, el proletariado madrileño, tradicionalmente mucho más atrasado

que el de Catalunya, País Vasco e incluso Andalucía, se lanzó por primera vez a la lucha en defensa de sus condiciones de existencia más inmediatas. Pero la red que a lo largo de la última década había tejido el oportunismo político y sindical mostró ser lo suficientemente tupida como para llegar a evitar, cosa que en Vitoria dos meses después no lograría, el enfrentamiento *general* con la burguesía. Las CC.OO. de Madrid, el PCE que controlaba a la masa obrera que comenzaba a luchar y la extrema izquierda (PTE y ORT esencialmente) que se mostró capaz de neutralizar las aspiraciones radicales de los elementos más dispuestos al combate, cumplieron con el papel para el que venían preparándose desde años antes a la muerte de Franco: encauzar la lucha obrera por el estrecho camino del respeto al orden burgués y al correcto funcionamiento de los negocios, desilusionando a los obreros que encontraban en la lucha la única salida a su situación. En Madrid estos agentes de la burguesía que se colocan entre las filas del proletariado para hacer cumplir sus exigencias, tuvieron un primer encuentro con la que iba a ser su tarea durante los años siguientes. Pero esta tarea no les iba a resultar sencilla: las durísimas luchas de Vitoria, en las que la clase obrera alavesa rompió con la política anti obrera de contención que se le exigía, mostraron que el proletariado, en España, contaba con una fuerza que sólo se podría neutralizar con el empleo sistemático de todas las armas posibles y que no bastaba únicamente las maniobras de los auto proclamados representantes obreros.

### El proletariado y la democracia.

Durante la década de los años '70 y la primera parte de los '80 se dio un repunte de la lucha obrera no sólo en España sino también en el resto de los países europeos y en buena parte de los llamados «atrasados» de la periferia capitalista. Consecuencia de la crisis capitalista de 1.975, que rompió el ciclo alcista de la economía internacional que se reproducía casi sin alteraciones desde el final de la Segunda Guerra Mundial, tuvo lugar una oleada de agitación obrera espoleada por el brusco descenso de las condiciones de existencia del proletariado. La huelga de los estibadores polacos de 1.980, la huelga de FIAT en Italia durante el mismo año o los propios «sucesos de Vitoria» en 1.976, fueron hitos en esta agitación que marcaron, de la misma manera, un cambio de tendencia en las relaciones entre burgueses y proletarios en los principales países capitalistas.

Tras la Segunda Guerra Mundial, en estos países se había impuesto un modelo de colaboración entre clases basado en dos hechos fundamentales. Por una parte, el incremento del beneficio capitalista derivado de la reconstrucción post bélica permitió crear el famoso Estado del Bienestar. En este los proletarios recibían una mínima parte de la ganancia nacional de la burguesía a través de la cual se financió la mejora de su situación atenuando al máximo la tensión social. Por otra parte el prestigio entre los proletarios del estalinismo y de la socialdemocracia, bañados en el oro de la resistencia antifascista, permitían mantener controlada a la mano de obra tanto sobre el terreno de las reivindicaciones inmediatas, donde los nuevos sindicatos tricolores (que habían sustituido a los sindicatos rojos del periodo precedente una vez destruidos estos por el fascismo) mantenían dentro de los límites del respeto a las necesidades de la producción nacional las exigencias obreras, como en el de la lucha política general, donde los partidos estalinistas planteaban la vía democrática para el logro progresivo de mayores cuotas de poder y la defensa de los intereses nacionales como única vía posible de lucha. Estos dos factores estaban íntimamente relacionados: la favorable evolución económica generaba las mejoras sociales para la clase obrera que constituían la base sobre la cual el oportunismo levantaba su política de conciliación nacional y renuncia a la lucha de clase. Las mejoras salariales, la disminución del paro, etc. daban a los proletarios la certeza de que la lucha democrática y etapista era la vía correcta, mientras que la burguesía se encontraba feliz de contar con un aliado tan firme y de tanto prestigio entre los obreros como era el estalinismo.

La crisis de 1.975 marcó el fin de este periodo idílico: la caída brusca del beneficio capitalista limitó las concesiones que, tanto sobre el terreno económico como sobre el político, la burguesía estaba dispuesta a otorgar al proletariado. Por su parte el oportunismo, ante la reacción obrera que tendía a romper los cauces habituales de la negociación con los patrones, no podía en buena parte de los casos presentarse aún como el garante de una evolución progresiva hacia el «socialismo», ni tan siquiera como el defensor en la fábrica de los intereses más inmediatos de los obreros. Es por ello que se ocupó de la tarea de hacer penetrar en la cabeza del proletariado la necesidad de defender, en primer lugar y por encima de todo, los intereses de la economía nacional a la espera de remontar el periodo de crisis mediante los sacrificios que se les exigían para volver a la ensoñación del crecimiento armónico e ininterrumpido que haría

progresar, unidos de nuevo, a burgueses y proletarios.

Este periodo no presenció el retorno de la lucha clasista del proletariado. Los amortiguadores sociales que garantizaban materialmente la política oportunista de paz social, sufrieron pero no se desgastaron del todo. En este mismo sentido jugaron la división de la clase proletaria en estratos diferenciados (edad, sexo, origen, etc.) algunos de los cuales seguían disfrutando de una versión reducida de estos y la política de contemporalización de la burguesía, que combinó duros golpes represivos contra los sectores obreros que despuntaban con una política de pacificación más suave para el resto. Y, sobre todo, el peso de la inercia adquirida durante décadas por la clase proletaria, confiada en la democracia y en los medios de lucha ajenos al enfrentamiento con la burguesía, permitieron al oportunismo político y sindical controlar, aislar y liquidar uno por uno los múltiples conflictos que estallaron, impidiendo por lo tanto que, al menos, los elementos más avanzados del proletariado conectaran con la tradición histórica de la lucha de su clase y subieran los primeros peldaños hacia la recuperación del terreno de la lucha revolucionaria.

En España la situación fue sensiblemente diferente. En este país los «Gloriosos Treinta» no existieron sino en una proporción muy escasa respecto al resto de países desarrollados. El periodo del «desarrollismo» consistió en un acelerado desarrollo de la industria pesada que si bien llevó al PIB a un crecimiento nunca visto antes, no tuvo ni la duración ni la consistencia de los países vecinos. Por supuesto, este desarrollo económico no dio lugar a una política similar a la del Estado del Bienestar e, incluso, durante los primeros años '60 tuvo el efecto contrario, con una caída brusca del nivel de vida de las masas obreras y campesinas del país. Sólo a partir de la mitad de los años '60 el aumento de la industria en zonas donde anteriormente apenas estaba desarrollado o no existía (si bien, contra la explicación estalinista de la historia, el capitalismo llevaba al menos 150 años siendo el modo de producción reinante) y el despunte económico del país permitió algunas tímidas mejoras de las condiciones de existencia del proletariado (aparición de los rudimentos de la Seguridad Social, aumento de los salarios por el aumento de las horas trabajadas, mejora de la salubridad en las nuevas ciudades, etc.) no sin que se produjesen importantes luchas para lograrlo, como la de los mineros asturianos en 1.962 o la huelga de Bandas de Etxebarri de Vizcaya en 1.966/67, por otra parte duramente reprimidas.

Por otro lado el fenómeno del dominio del oportunismo político y sindical sobre la clase obrera tenía una intensidad muchísimo menor que la que se daba en Italia, Francia o Alemania. A la liquidación de las organizaciones sindicales y políticas durante la guerra civil a manos del gobierno republicano y, posteriormente y de manera sostenida en el tiempo, por el régimen franquista, no le siguió ni la creación de nuevos sindicatos que pretendían, de manera capciosa, enlazar con la tradición clasista previa ni la influencia entre los proletarios de los partidos de la resistencia antifascista, tal y como había sucedido en aquellos países. En este sentido la historiografía burguesa y estalinista ha glorificado el periodo de la lucha clandestina del PCE, que trató de infiltrarse en el Sindicato Vertical mediante la presentación de candidaturas a las elecciones sindicales a través de CC.OO. y de crearse una base social entre los elementos progresistas de la juventud proveniente del Régimen, presentando como lucha anti franquista lo que realmente era lucha por la modernización del Estado dentro de los límites permitidos por este Régimen. Pero, en cualquier caso, si el estalinismo y sus diversas filiales maoístas tuvieron alguna influencia entre los proletarios fue a partir de que las huelgas y luchas obreras comenzasen a tomar una trayectoria ascendente y como respuesta, tolerada en muchos casos por el Estado, a esta. La confluencia de estos dos factores, ausencia de una política de integración de la clase obrera a través del reparto de una pequeña proporción de los beneficios de la burguesía y ausencia de una influencia determinante del oportunismo en las filas de la clase proletaria, determinaron la especial virulencia que cobraron las luchas obreras en España a lo largo de los años '70 y especialmente en 1.976 inmediatamente después de que tuviese lugar la muerte de Franco y cuando los primeros efectos de la crisis capitalista mundial comenzaron a hacerse sentir. A este momento el proletariado español llegó con una breve pero intensa experiencia de lucha que no encontraba los cauces de negociación que aparecían en el resto de países desarrollados como vía para lograr la conciliación entre las clases (y por lo tanto la subordinación del proletariado a la burguesía) ni las fórmulas ideadas en la segunda posguerra europea para inocular en él la creencia de que era posible la unidad de intereses entre burgueses y proletarios sobre el terreno económico tanto como sobre el terreno político. Las comisiones obreras originales, las cajas de resistencia generalizadas a varios sectores industriales a partir de un único conflicto, las huelgas de

( sigue en pág. 16 )

## Vitoria 1976

(viene de la pág. 15)

solidaridad, la aparición de grupos obreros que se lanzaban al combate ilegal (incluso armado en algunas ocasiones) en defensa de las luchas obreras... fueron fenómenos que la burguesía ha pretendido explicar como una especie de «pulsión democrática» de los obreros españoles (siempre silenciando sus aspectos más estridentes) pero que eran realmente el reflejo de esa situación peculiar que vivía la clase proletaria.

Sobre esta situación el estalinismo, sus variantes izquierdistas y la prácticamente inexistente socialdemocracia, tuvieron que maniobrar para lograr conducir al redil a los proletarios y sus numerosas luchas. Si en los países vecinos la crisis económica encontró a estos grupos, sobre todo a los partidos comunistas, con una influencia considerable entre los proletarios, en España tan sólo tenían una especie de «prestigio antifranquista» que consistía más en su leyenda de luchadores que en una fuerza efectiva y operante. Contaban también, eso sí, con la aquiescencia del Estado, que veía la posibilidad de que jugasen un papel análogo al que tenían en el resto de países y que por ello potenció su influencia en la medida de lo posible con un adecuado equilibrio entre represión y tolerancia que les debía hacer más atractivos ante los trabajadores. Pero contaban, sobre todo, con la experiencia de la contra revolución internacional, que les proporcionó las armas y bagajes necesarios para hacer frente a la situación. Y entre estas armas y bagajes tuvo una fuerza determinante la ilusión democrática, la promesa a los trabajadores de que la democracia, conducida por vías rupturistas o reformistas según el caso y la intensidad de la lucha obrera a la que se enfrentaban, significaría el fin del conflicto entre capital y trabajo, un marco adecuado para la prosperidad de la clase obrera librada por fin de sus (únicos) enemigos franquistas. La defensa del proceso democrático, de la Transición hacia una sociedad moderna de tipo europeo, el miedo a la reacción de los sectores más reaccionarios del franquismo si se precipitaban los acontecimientos (léase si la clase obrera exigía más de la cuenta), constituyeron el mantra con el cual los partidos llamados comunistas y toda la vertiente izquierdista de estos se dirigió a la clase obrera para paralizar su empuje. Y tuvieron éxito. Jugando estas posiciones en paralelo a las reformas aperturistas del Régimen, reforzaron el engaño democrático entre los trabajadores, que significaba ni más

ni menos la defensa de los intereses primero del conjunto de la burguesía representada por su Estado de clase y después de cada patrón individual cuyos intereses particulares fueron presentados como coincidentes con los intereses de «sus» obreros. Junto con la reivindicación democrática apareció la defensa de la economía nacional (que en el colmo de la desfachatez se llegó a afirmar que no era defendida por el franquismo, más interesado en repartirse los beneficios de un supuesto expolio del país), de los sectores productivos críticos para esta economía, de los intereses regionales, etc. que implicaban, sobre el terreno práctico, la destrucción de todos los embriones organizativos de los que podía dotarse la clase obrera según su grado de desarrollo en las diferentes zonas del país y, sobre el terreno general, la aceptación de las exigencias que imponía la burguesía.

Si la diferencia entre el proletariado de España y el del resto de países vecinos consistía en la falta de una tradición de colaboración entre clases y de los vehículos para que esta se produjese (es decir, un oportunismo de corte socialdemócrata y estalinista fuertemente arraigado) y por esta diferencia el proletariado español pudo alcanzar cotas de enfrentamiento más altas en las cuales defendía sin ambages sus intereses inmediatos contra el enemigo de clase, la puesta al día del Estado español en lo que a régimen democrático se refería (con las consiguientes promesas de mejora de la situación obrera, por falsas que finalmente resultasen) y la presentación de los partidos comunista, socialista y otros de la extrema izquierda como garantes de este proceso (a cambio del cual exigían al proletariado renunciar incluso a la más pequeña de sus luchas parciales) liquidó la «diferencia» española y logró normalizar al país convalidando su situación con la que se vivía en el resto. Este fue el verdadero triunfo de la democracia en España, la cimentación de la colaboración entre clases que, en este caso, ni siquiera permitió al proletariado, dada la situación creada por la crisis capitalista, disfrutar de sus mieles como lo habían hecho los proletariados italianos, franceses o alemanes.

### La derrota de Vitoria

Los cinco muertos de Vitoria no fueron algo excepcional. En Granada, en 1.970, fueron 3 los obreros muertos durante la huelga de la construcción. Otros se sumaron a la lista durante los años inmediatamente anteriores a la muerte de Franco y otros, muchos, se sumarían hasta la finalización de la Transición (e incluso después gracias al terrorismo para policial del gobierno socialista dirigido contra militantes vascos). Pero los muertos de Vitoria significaron algo especial, tanto para la lucha de la clase proletaria como para la propia

burguesía y su Estado. Fijando el objetivo sobre las consecuencias inmediatas, los muertos de Vitoria propiciaron la cesión de la patronal ante casi todas las exigencias que el movimiento huelguístico había planteado (5.000 pesetas de aumento salarial lineal, 40 horas semanales con un mes de vacaciones pagadas y media hora diaria para el bocadillo, jubilación a los 60 años, 100% del sueldo en caso de accidente laboral). De hecho, después de haber dado la orden de disparar contra 5.000 obreros, los cargos del gobierno se acercaron a los hospitales a interesarse por los heridos, tuvieron gestos de conciliación con los obreros, etc. Aparentemente, la burguesía cedió. Pero ampliando el alcance de los acontecimientos se ve claramente que, mientras que en otras ocasiones los muertos obreros llevaban a una ampliación de la lucha a mayor escala, en el caso de los de Vitoria no fue así. A excepción de acontecimientos inmediatamente posteriores como los de Pamplona o Basauri, donde murió un joven trabajador de nuevo a manos de la policía, los sucesos de Vitoria no tuvieron la repercusión que era de esperar. Trabajadores de la huelga del metal en Madrid narran cómo, pese a haber librado una lucha a la que se encadenó directamente la de los obreros alaveses, llegada la noticia de la brutal represión policial, tan sólo realizaron un paro simbólico para después continuar trabajando con normalidad. Vitoria fue, por lo tanto, un punto de inflexión, un máximo en la conflictividad obrera. Y no lo fue por los muertos, que como se ha dicho los seguiría habiendo a lo largo de la Transición y hasta los sucesos de Euskalduna o de Reinoso ya en los años '80, sino porque la excepcional movilización del proletariado alavés, consecuencia de una tensión social acumulada a lo largo de los últimos años a escala nacional y que había dado experiencias de lucha considerables que comenzaban a ser sistematizadas por pequeños pero significativos destacamentos de vanguardia del proletariado, forzó a la burguesía a reaccionar de manera tajante. En primer lugar con la represión directa: si es cierto que muertos había habido ya, también lo es que la policía nunca había utilizado técnicas de enfrentamiento armado contra el conjunto de la clase obrera de una ciudad, porque eso es lo que había el 3 de marzo en la parroquia de San Francisco y sus alrededores. En segundo lugar movilizándolo a sus agentes del oportunismo para una lucha abierta: a partir de Vitoria comienzan a cesar las huelgas de solidaridad y otros tipos de conflicto y organización obrera o, al menos, el PCE y sus satélites dejan de ser tan condescendientes con ellos y comienzan a combatirlos hasta vencer,

es decir, se colocan abiertamente contra la lucha obrera en nombre del bien superior que sería la democracia. En tercer lugar, acelerando la creación del frente único político de la democracia: unidad de todas las organizaciones anti franquistas como única vía para intensificar su más que débil dominio sobre la clase obrera presentando ante ella una única e inexorable alternativa (que fue el significado real de la *Platajunta* y demás combinaciones políticas) Finalmente, acelerando las reformas democráticas que debían reforzar el aspecto anterior haciendo factible, a ojos de los trabajadores, un cambio que pudiese suponer mejoras generalizadas para ellos. En pocas palabras, después de matar a los cinco obreros de Vitoria, la burguesía reaccionó con energía tomando la iniciativa no en un sentido involucionista sino desarrollando al máximo las posibilidades de cambio democrático y utilizando todas las armas a su alcance para presentar este como la solución natural a la agudización del problema social. Forjando el frente único de la oposición democrática, esculpió a fuego las leyes del frente único de la burguesía: democracia, defensa de la economía nacional, defensa del Estado como ente colocado por encima de las clases sociales. Sobre los muertos de Vitoria se levanta el triunfo de la democracia en España.

Por su parte la clase proletaria no pudo reaccionar ante esta ofensiva. Es cierto que a lo largo de los años inmediatamente anteriores a Vitoria había ido acumulando fuerzas y que sus derrotas lo eran parciales (ya que conseguía levantarse siempre de nuevo) y sus victorias extendían la conciencia de la fuerza que tenía entre todos los sectores obreros. Pero después de años de contra revolución permanente, que liquidó a los elementos más activos de la clase, precisamente a aquellos que a lo largo de la historia de la lucha proletaria habían garantizado la continuidad generacional y la pervivencia de la tradición de lucha, la oleada de luchas que se desarrolla en los albores de la Transición, difícilmente estaba en condiciones de superar el estadio inmediato del enfrentamiento. Aunque se entremezclan exigencias políticas entre las reivindicaciones que se planteaban en las huelgas de aquellos años, el contenido era esencialmente sindical (y por sindical se entiende no la forma de manifestarse este contenido sino su naturaleza concerniente a reivindicaciones económicas) y los medios y métodos de lucha nunca se elevaron de este nivel al político general. En ningún momento las luchas trascendieron el ámbito más inmediato, incluso en términos geográficos, desarrollándose importantes conflictos locales que no

tenían repercusión, ni mucho menos organización, en términos nacionales. Aunque hubiese llamadas a luchar por el socialismo, por el derrocamiento de la sociedad burguesa, etc. estas provenían de pequeños grupos obreros que, por significativos que resultasen en términos históricos ya que luchaban por conectarse con la tradición revolucionaria del proletariado, nunca tuvieron una gran influencia, siendo ellos mismos confusos tanto en sus planteamientos como en su desarrollo y no pudiendo contener, ni siquiera a pequeña escala, en términos locales o sectoriales, la ofensiva burguesa posterior a Vitoria. En definitiva, la clase proletaria reaccionó ante la crisis económica, ante el agravamiento de sus condiciones de existencia, y aprovechó la crisis de fluidez en las relaciones sociales burguesas que apareció con la muerte de Franco como caja de resonancia de su lucha... pero no fue más allá de la reacción, en ningún momento pasó a la ofensiva retomando el terreno de la lucha de clase abierta y explícita, ni siquiera sobre el terreno inmediato. Ante esta situación todos los partidos y sindicatos que se presentaban como garantes de los intereses del proletariado pero que trabajaban realmente al servicio de la burguesía, pudieron vencer a los diferentes impulsos combativos encauzando a la mayor parte de los trabajadores por el camino de la defensa de la democracia, logrando a la vez que permitían la aplicación del programa burgués (Pactos de la Moncloa, ordenamiento parlamentario, Constitución, siguiendo un orden que demuestra las prioridades de la burguesía) la absoluta desafección respecto a la lucha que ha sido la tónica generalizada desde pocos años después de la derrota de Vitoria.

Esta derrota se presenta como un jalón en la lucha por la democracia. Así lo dicen ahora, con motivo de su aniversario, incluso las instituciones estatales que entonces masacraron a los proletarios. Así lo dice el nuevo oportunismo morado y su «izquierda»... Y tienen razón. Vitoria fue un jalón en la lucha de la burguesía por consolidar la democracia, sistema que encubre las contradicciones que el capitalismo genera entre las clases sociales y que pretende resolverlas fuera del terreno de la lucha entre estas clases, colocando al Estado de clase de la burguesía como garante del desarrollo armónico de la sociedad al cual es necesario someter todos los impulsos «particulares» del proletariado. Pero para la clase proletaria, sumida en una derrota de la cual Vitoria, de nuevo, fue un jalón - ni su principio ni su fin- los sucesos de Vitoria representan el límite que inevitablemente deberá superar para ser capaz de abatir definitivamente al sistema capitalista, que demuestra día

tras día que sólo le depara una vida cada vez más miserable, sometida a la esclavitud salarial y al despotismo de la burguesía en todos los aspectos de su existencia. Para superar este límite, y esto es algo que no está hoy a la vuelta de la esquina pero que indudablemente se planteará antes o después (cuando el mundo capitalista acabe por mostrar a las claras que para él el proletariado es únicamente carne de cañón para explotar en el proceso de extracción de plusvalía o en las guerras imperialista por el mercado internacional que cada vez se muestran más cercanas) el proletariado deberá afrontar como una condición esencial la lucha contra la democracia, contra la mitología democrática que le encadena a su enemigo de clase, al respeto a sus instituciones de gobierno y a los intereses superiores de la economía nacional.

El proletariado deberá luchar abiertamente contra quienes buscan conducir la tensión social dentro de los límites funestos de la conciliación entre las clases, especialmente contra aquellos que pretenden hacerlo desde dentro de sus propias filas enarbolando banderas ajenas a la lucha de clase con las que **prometen mejoras sin lucha y victorias sin enfrentamiento.**

El proletariado, en definitiva, deberá recuperar sus armas de clase, las de la lucha abierta tanto en el terreno inmediato de las reivindicaciones económicas como en el general de la lucha política contra el Estado burgués y su democracia.

**¡Lean, difundan, sostengan la prensa internacional del partido!  
¡Suscríbanse!**

**- II comunista -**

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 € £ 1; 5FS;

**- Le prolétaire -**

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 € £ 1; 3FS.

**- Programme communiste -**

Revista teórica

Precio del ejemplar: 4 € £ 3; 8FS;

América Latina.: US\$ 2; USA-Cdn:US\$ 4.

**- El programa comunista -**

Revista teórica

Precio del ejemplar: 3 € £ 2; 8FS;

América Latina:US\$ 1,5; USA-CdnUS\$ 3

**- El proletario -**

Precio: Europa: 1,5 € 3CHF; 1,5£;

América del Norte: US \$ 2; América

Latina: US \$ 1'5

**- Proletarian -**

Suplemento en inglés al «le prolétaire»

Precio del ejemplar: 1 € £ 1, 3 CHF.

**Visita el sitio del Partido**

**[www.pcint.org](http://www.pcint.org)**

# SOCIALISMO Y FEMINISMO

De «L'Avanguardia» del 27 octubre 1912. Firmado: Amadeo Bordiga

El movimiento feminista que se va afirmando merece la atención y el estudio de los socialistas. También en Italia asistimos a un despertar del movimiento femenino, y en el campo proletario este es dirigido por aquel grupo de valerosas compañeras que publica *Defensa de las trabajadoras*, periódico al cual todo verdadero socialista debe desear el mayor desarrollo y a cuya difusión todos debemos contribuir.

El conjunto de tendencias que se comprenden bajo el nombre de *feminismo* y que culmina en la aspiración al sufragio universal, no es la misma cosa que el movimiento entre las mujeres socialistas, que apenas se inicia ahora. Especialmente el principio de buscar partisanas por el voto de la mujer en cada partido político, sostenido por las feministas burguesas, no puede ser aceptado por los socialistas, porque representa un peligro de colaboración de clase y no puede por lo tanto conciliarse con los caracteres fundamentales del movimiento socialista. Nuestras compañeras de la *Defensa* no buscan pasar por «feministas», y con razón.

Pero esto no quiere decir que nos desinteresemos del feminismo, todo lo contrario. Hace falta sostener que la igualdad de los sexos es una parte esencial del programa socialista, que esta no podrá realizarse antes de la abolición de la propiedad individual y que el feminismo burgués se encuentra sobre una vía falsa que no podrá conducir a éxitos que salgan de la órbita de cualquier triunfo pasajero y mundano.

Revelando así el alma verdaderamente revolucionaria del feminismo, induciremos a los mejores elementos de este movimiento a venir a nosotros y a abandonar a aquella parte poco seria, constituida por señoras y señoritas, más o menos intelectuales, que querrían lograr el voto para las mujeres conquistando con sus tiernas sonrisas la mitad más uno de los 508 honorables que lo pueden conceder. Es necesario propagar en el ambiente femenino la tesis de que *la reivindicación de la mujer no puede lograrse en una sociedad basada, como la actual, en la propiedad privada*. Así una buena parte de mujeres cultas e inteligentes pertenecientes a ese medio que, en su elemento masculino deviene cada vez más antisocialista, podrán ser conquistadas por la propaganda revolucionaria y ser una ayuda preciosa para la organización del proletariado femenino.

Es necesario al mismo tiempo volver popular entre los socialistas la cuestión femenina, induciendo a los compañeros y a los organizados a desarrollar en el seno de las familias una activa propaganda para destruir en el proletariado socialista el prejuicio

burgués y conservador de la inferioridad femenina.

Demstrar que la burguesía capitalista será siempre contraria al feminismo no es una tarea difícil. La clase que tiene el monopolio de los medios de producción lo conserva y lo transmite por medio de las sucesiones y de las herencias por línea masculina, y por lo tanto garantiza la continuación de su monopolio en medio de una serie de disposiciones jurídicas que representan una verdadera tiranía de sexo. En las clases poseedoras la familia tiene sólo el valor de medio de transmisión de la propiedad individual; es la *empresa* la que sofoca el *hogar doméstico* de romántica memoria, y la clase capitalista (que sabe suspender a tiempo las luchas internas de competencia cuando se trata de luchar contra un peligro común) ve con malos ojos las rarísimas empresas confiadas a las mujeres y las combate con disposiciones legales.

Por lo tanto la burguesía no aceptará nunca la colaboración de la mujer en la formulación de las leyes. Es cierto que algunas naciones han concedido ya el voto a la mujer, pero son casos limitados y excepciones. Por otra parte las mujeres quieren el voto no como fin último de su agitación, sino como medio de tener toda una legislación social en defensa de la mujer.

También la democracia más avanzada duda de lanzarse a este terreno. Cambiar el ordenamiento jurídico de la familia es peligroso para todo el edificio de la sociedad capitalista, y la democracia no es sino una actitud histórica de conservadores que se dicen *evolucionistas* para alejar la *revolución*, duda y promete poco para mantener nada. Llega al divorcio o poco más allá. Y el divorcio no atenúa sino muy poco la inferioridad jurídica y moral de la mujer.

La emancipación del sexo femenino no es una *reforma* lograda en el ámbito de las presentes instituciones, sino una conquista esencialmente *revolucionaria*. Solamente un partido *verdaderamente* subversivo, como el partido socialista, puede inscribirla en su bandera.

La tiranía masculina se basa sobre el hecho de que el *varón* no es responsable del fruto de las relaciones sexuales, no está *obligado* a mantener a la prole. Por esto la mujer que establece estas relaciones exige una *garantía legal* de la maternidad (matrimonio) o una cuota (digamos así) de seguro contra el *riesgo* de ser madre, y tenemos la prostitución. La fisonomía fundamental de los dos hechos es la misma, fuera de cualquier prejuicio moral, y se resuelve en una conclusión igualmente simple: en la sociedad actual, el amor se reduce esencialmente a una *relación económica* de compra-venta.

Marx demostró que el *trabajo* está sujeto como cualquier otra mercancía a las leyes de la oferta y de la demanda. Se podría desarrollar una teoría análoga sobre la *mercancía-amor*.

Y también en este campo se puede demostrar la existencia de una *plusvalor*, que representa la explotación del hombre sobre la mujer, análogo a aquel del capital sobre sus asalariados.

Un análisis detallado demostraría que ninguna forma de relación sexual puede escapar a estas leyes. Se nos puede decir vulgares, pero esto no anula nuestra objetividad.

El socialismo ha acabado ya con la «poesía» de quien quería disfrutar sin que llegase a sus narices delicadas el hedor que sale del basurero de los explotados. Y nosotros podremos decir a aquellos jóvenes sentimentales e intelectuales que nos acusarán de «cinismo» que ellos dirigen la mejor parte de su actividad precisamente hacia este noble fin: *amar sin pagar*. La causa por tanto de la inferioridad femenina se encuentra en la *constitución económica* de la sociedad.

Si pudiese existir realmente una ley acerca de la *búsqueda de la paternidad*, esta debería establecer, de manera abstracta, este principio de derecho: los haberes de cada hombre se repartirán de manera igual a *todas* las mujeres con los cuales tenga relación para el mantenimiento de la prole. Una *ley* así señalaría el fin del capitalismo. Es absurdo que la burguesía la vote. Pero es posible que una democracia *precauida* la esconda en sus programas —junto a otras que la falta de espacio impide analizar— para desviar al movimiento femenino de la corriente revolucionaria.

Bien, nosotros decimos a todas las mujeres que sufren, traicionadas y engañadas por la prepotencia masculina, que no deben dejarse llevar por caminos falsos. Como a los proletarios que esperan su rescate de las pequeñas reformas democráticas, nosotros decimos a nuestras compañeras: alzándolos los ojos, la luz de la redención está allí, en la gran conquista revolucionaria y no en otro sitio.

Guardaos de la democracia femenina que será no menos dañosa que el clericalismo femenino. La masonería trabaja ya en este campo, con intensidad insospechada, y hace proclamar sus discos fonográficos: *civilización, progreso, libre pensamiento...* Es una alarma que debe correr entre las filas socialistas para que la triste maniobra no tenga éxito.

Y para que no lo tenga, hace falta que nosotros trabajemos mucho más que ellos, por la verdadera, la buena, la sana propaganda entre las mujeres.

## Flint (Michigan, USA) El verdadero veneno es el capitalismo. El antídoto, su destrucción.

Los 125 000 habitantes de la ciudad de Flint - cuna del gigante del automóvil, General Motors - han sido golpeados por una enorme catástrofe sanitaria, ligada a la contaminación del agua potable. En esta ciudad obrera, mayoritariamente negra y fuertemente golpeada por el desempleo (40%), desde hace más de dos años, miles de proletarios han sido intoxicados por el plomo presente en el agua.

Durante meses, numerosos habitantes se quejaban de vómitos, erupciones en la piel o pérdida del cabello. 87 casos de legionela - con diez casos mortales - han sido registrados. Más del 15% de los niños presentan una tasa elevada de plomo en sus venas. Las consecuencias de esta catástrofe - todavía insuficientemente identificadas - son bastante numerosas e irreversibles: desarrollo cerebral y óseo retardados, baja del cociente intelectual, falta de concentración, dolores de cabeza y estómago, deficiencia renal, constipación, debilidad muscular, efectos tóxicos en el aparato reproductor, hipertensión...

**¿Quién es el responsable de este envenenamiento masivo? ¿Al Qaeda? ¿ISIS? ¡No! ¡Es simplemente el reino bárbaro del capital en la primera potencia mundial!**

Los proletarios han sido víctimas de la voluntad del municipio de bajar los costos de suministro en agua. Las autoridades municipales no hallan otra solución que dejar de comprar el agua a la ciudad de Detroit y bombearla directamente desde el río local.

Enseguida, los habitantes se inquietan por el color y el sabor del agua que sale del grifo. General Motors (GM) rápidamente deja de utilizar esta agua para su factoría local en vista de la corrosión que provoca en las autopartes. Además, el agua atacaba las canalizaciones que irán a desparramar el plomo en el agua «potable».

Como buenos burgueses, los dirigentes de la ciudad tienen una idea maravillosa: ¡hervir el agua antes de consumirla! Han tenido menos consideraciones con los proletarios que GM por sus piezas de automóvil.

Luego de tres años de refutaciones, las autoridades locales y nacionales reconocen que el agua era dañina para la salud de los habitantes. El presidente Obama otorga una ayuda federal de 5 millones de dólares, es decir, menos que el costo de aprovisionamiento de agua en botella a la población durante 20 días.

No bastaba, pues, que los proletarios de Flint fueran envenenados, sino que ahora deben arreglárselas para obtener el agua aportada por el Estado o la Cruz Roja (para los que tienen suerte) o consagrar una parte de sus magros ingresos para comprarla al por menor.

**El verdadero culpable en este caso, al que obedecen en cuerpo y alma aquellos que decidieron distribuir el agua contaminada, el verdadero genio del mal, presto a envenenar, contaminar, masacrar con tal de que el beneficio sea suficiente, es el capitalismo**

Este modo de producción hace correr de manera creciente los más graves peligros a la especie humana, tal como ya lo enunciaba Karl Marx:

*«¡Después de mí el diluvio!, es la divisa de todo capitalista y de toda nación de capitalistas. El capital, por consiguiente, no tiene en cuenta la salud y la duración de la vida del obrero, salvo cuando la sociedad lo obliga a tomarlas en consideración. Al reclamo contra la atrofia física y espiritual, contra la muerte prematura y el tormento del trabajo excesivo, responde el capital: ¿Habría de atormentarnos ese tormento, cuando acrecienta nuestro placer (la ganancia)? Pero en líneas generales esto tampoco depende de la buena o mala voluntad del capitalista individual. La libre competencia impone las leyes inmanentes de la producción capitalista, frente al capitalista individual, como ley exterior coercitiva.» (1)*

Por tanto es absurdo y finalmente criminal reivindicar un capitalismo «limpio» y no contaminante, tanto como reivindicación sin explotación, sin miseria, sin opresión, sin guerras... Hasta que desaparezca, el capitalismo explotará y oprimirá a los hombres, devastará la naturaleza, así como degradará la salud y el bienestar de los seres humanos.

**Por este crimen como por todos aquellos calificados como catástrofes naturales, el capitalismo es culpable. Es a éste a quien hay que acusar, sobre todo combatirlo sin vacilar. Con cada vez más urgencia se impone la necesidad de su destrucción. Es con este modo de producción que hay que acabar.** Y para destruirlo, es necesario que el proletariado rompa toda solidaridad con el capital y sus órganos y retorne a la lucha de clase.

Esto vale para la lucha económica, pero también para la lucha contra la polución. Ella forma parte integrante de la causa comunista por la emancipación del género humano. Los revolucionarios deben intervenir sobre este terreno para que la lucha se alce, más allá de una movilización contra los efectos de la polución, al nivel de un combate contra sus causas verdaderas que residen en el capitalismo.

(1) *El Capital*, Tomo I, III<sup>o</sup> sección: la producción del plusvalor absoluto, Capítulo VIII: La jornada laboral.

## Las razones de nuestro abstencionismo

(Textos del partido N° 1,  
Octubre 2015, A4, 20 páginas)

-Introducción

-El parlamento y la lucha por los sóviets (Carta circular del Comité Ejecutivo de la III Internacional Comunista, del 1 de septiembre de 1919)

-La Tercera Internacional y el Parlamentarismo (De «El Soviet», año III, n°11 del 11-4-1920; reproducida también en la «Historia de la Izquierda Comunista 1919-1920, cit., pp 525-527)

-La nueva época y el nuevo parlamentarismo (Introducción de Trotsky a las Tesis sobre los partidos comunistas y el arlamentarismo, II Congreso de la IC 1920)

-Tesis sobre el Parlamentarismo (Presentadas por la Fracción Comunista Abstencionista del Partido Socialista Italiano - II Congreso de la IC 1920)

-Preparación revolucionaria o preparación electoral (De l'«Avanti!», 14/09/1919)

-1921. Elecciones (A. Bordiga, «II Comunista» del 14/04/1921)

-Manifiesto del Partido Comunista de Italia para las elecciones políticas de 1921 (Manifiesto publicado en «II Comunista» del 21 de abril de 1921)

-El cadáver todavía camina (De opúsculo «Sul filo del tempo», Partido Comunista Internacional, mayo de 1953)

## le prolétaire

n° 519

(Mars-Avril-Mai 2016)

· Contre le sabotage de la mobilisation par les appareils syndicaux, organisation et lutte indépendante de classe!

· Après les attentats à Bruxelles. La réponse prolétarienne n'est pas la solidarité avec les gouvernements et les bourgeois mais la lutte de classe contre toutes les manifestations du capitalisme, terrorisme petit-bourgeois compris !

· Amadeo Bordiga. Parti et action de classe (2)

· Le CCI et les attentats: Stupeur et tremblements

· A propos de Daech et de l'anti-impérialisme

· Un remaniement gouvernemental pour une même politique anti-ouvrière

· A propos de la grève générale à Mayotte. Un confusionnisme interclassiste

· Correspondance. A la Cgt de Seine-Maritime, la baudruche «oppositionnelle» se dégonfle

· Face aux attaques bourgeoises: Lutte prolétarienne anticapitaliste!

· Flint (Michigan). Le vrai poison, c'est le capitalisme. Le remède, sa destruction

· Inde. Vague de grèves dans l'automobile

Precio: 1 euro / 4,5 FS / £ 1,5 / 60  
DA / 10 DH / 500 F CFA -  
leproletaire@pcint.org

# El programa del Partido Comunista Internacional

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Livorno con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la sustitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

\* \* \*

**La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:**

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital. Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeño-burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.

Nueva edición en  
castellano:  
**TERRORISMO Y  
COMUNISMO de L.  
Trotsky**

**EL LIBRO**

se puede descargar  
en el sitio del partido  
en internet:

**WWW.PCINT.ORG**

para copias en papel  
(5 euros la copia)

**Apdo. Correos 27023,  
28080 Madrid**

**«el programa  
comunista»**

**Nº51, Abril de 2015**

- El capitalismo mundial en la antelala de una nueva crisis
- El partido comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921-1924) - (Fin) (Informe a la Reunión General del Partido en Florencia - del 30 de abril al 1º de mayo de 1967)
- Notas de lectura: Italia 1919-1920. Los dos años rojos, o cómo 'Lutte Ouvrière' reescribe la historia
- Notas de lectura: «Bordiga más allá del mito». El valor y los límites de una experiencia revolucionaria
- Pequeño diccionario de clavos revisionistas. Activismo.
- Tesis sobre la «cuestión china» (1964).
- Tesis y Adiciones sobre los Problemas Nacional y Colonial. Tesis suplementarias sobre la cuestión nacional y colonial. II Congreso de la Internacional Comunista. Moscú, julio 1920).

**REVISTA TEÓRICA**

**Precio del ejemplar:** 3 €; América latina: US \$ 1.5; USA y Cdn: US\$ 3; £ 2; 8 FS; 25 Krs. **Precio solidario:** 6 € América latina: US\$ 3; USA y Cdn.: US\$ 6; 6 £; 16 FS; 50 Krs. **Suscripción:** el precio de 4 ejemplares.

**Correspondencia**

**Apdo. Correos 27023,  
28080 Madrid**

**Email**

**elprogramacomunista@pcint.org**

**Visita el sitio del Partido**

**www.pcint.org**